

EL CONTEXTO HISTÓRICO COMO EJE DE ANÁLISIS DEL ESPACIO PÚBLICO BOGOTANO EN EL SIGLO XX¹

The historical context as the core of analysis of the Bogotá's public space in the xx century

Mónica Cuervo Prados*

Recibido: 9 de marzo de 2007 • Revisado: 30 de marzo de 2007 • Aceptado: 10 de abril de 2007

Resumen

Este artículo presenta los marcos teórico y metodológico, los resultados y algunas conclusiones de la investigación: "Los usos del espacio público en Bogotá en el siglo XX: una mirada histórica desde las prácticas sociales, implicaciones pedagógicas para la ciudad", realizada por los investigadores Mónica Cuervo Prados y Pablo Páramo² de las Universidades Pedagógica Nacional y Santo Tomás y la Corporación Universitaria Iberoamericana, respectivamente. Este documento es la continuación del libro: "Historia social situada en el espacio público de Bogotá, desde su fundación hasta el siglo XIX" realizada por los autores y publicada por la Universidad Pedagógica Nacional en 2006.

Los objetivos de la investigación a la que hace referencia este artículo fueron: Caracterizar el espacio público de Bogotá en el siglo XX a partir de una mirada histórica centrada en las prácticas sociales "situadas" e identificar prácticas sociales "situadas", los roles de los bogotanos en la ciudad, las funciones que cumplían los lugares y las reglas de comportamiento ciudadano en el espacio público de Bogotá. Concretamente este artículo se centrará en

¹ Capítulo sobre lúdica y entretenimiento, de la Investigación "Los usos del espacio público en Bogotá en el siglo XX: una mirada histórica desde las prácticas sociales, implicaciones pedagógicas para la ciudad" realizada por los profesores Pablo Páramo y Mónica Cuervo, con el apoyo de las asistentes de investigación Ximena Santisteban, Nancy Avilán, Laura Parra, Jenny Pedraza y María Isabel Bernal.

* Magistra en Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana, Comunicadora Social DE LA Pontificia Universidad Javeriana con énfasis en Comunicación Educativa y n. Estudió Bellas Artes en la Universidad Nacional y en la Universidad Javeriana. Es directora del Grupo de Investigación Procesos Comunicativos en el Ámbito Educativo., directora del Grupo Comunicación, Paz Conflicto., profesora de la Universidad Santo Tomás., con experiencia de trabajo en la Universidad Javeriana, la Corporación Universitaria Iberoamericana, la Universidad Pedagógica Nacional y la Universidad del Rosario. Dentro de sus publicaciones está el libro Historia social situada en el espacio público de Bogotá, desde su fundación hasta el siglo XIX publicado junto con Pablo Páramo en 2006. moniacuervo@correo.usta.edu.co.

² Doctorado en Psicología de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (USA) M. A. de Hunter Collage (USA) M. Sc Universidad de Surrey (UK). Psicólogo de la Universidad Católica de Colombia. Profesor investigador del Departamento de Posgrados de la Universidad Pedagógica Nacional. Ha sido profesor catedrático en las Universidades Piloto de Colombia, Andes, Nacional y Javeriana. pdeparamo@hotmail.com

el capítulo de contexto de la investigación, en el cual se retomaron desde los ejes político, económico y cultural, entre otros, los hechos, personajes y procesos que aportaron al espacio público bogotano, como base para generar propuestas para el espacio público bogotano actual.

Palabras clave

Historia, ciudad, espacio público, pedagogía urbana, ciudadanía, democracia.

Abstract

This article shows the theoretical framework, the methodological framework, the results of the chapter of context and some conclusions of the investigation: "The uses of the public space in Bogotá in the XX century: a historical look from the social practices, pedagogic implications for the city", which was carried out by the searchers Mónica Cuervo Prados and Pablo Páramo among the Pedagógica Nacional and Santo Tomás Universities and the Corporación Universitaria Ibero-Americana (Ibero- American University Corporation). This work is the continuation of the denominated book: "Social history located in the public space of Bogotá, from its foundation until the XIX century", carried out by the authors and published by the Universidad Pedagógica Nacional (National Pedagogic University) in 2006.

The objectives of the investigation to which makes reference this article, were: To characterize the public space of Bogotá in the XX century starting from a historical look centred in the "located" social practices and to identify practical social "located", the roles of the Bogotá's people in the city, the functions that completed the places and the rules of civic behaviour in the public space of Bogotá. Concretely this article will be centred in the chapter of context of the investigation, in which were recaptured from the politician, economic and cultural points of view, among others, the facts, characters and processes that contributed to the Bogotá's public space, like base to generate proposals for the current public space in Bogotá.

Key words

History, city, public space, urban pedagogy, citizen, democracy.

Introducción

Las preguntas y objetivos principales de este proyecto de investigación se suman a lo que podríamos llamar un programa de investigación emprendido por arquitectos, psicólogos ambientales, planeadores urbanos y pedagogos quienes proponen que la ciudad sea considerada como un lugar educativo para el ciudadano. Ejemplos de las investigaciones y propuestas conceptuales que se han desarrollado dentro de este programa son los de: La Imagen de la Ciudad (Lynch 1965); Where

learning happen (Carr y Lynch, 1968); La Citta Sostenibile (Lorenzo, 1998); La Citta del Bambini (Tonucci, 1997); La Citta Possibile (Gandinno y Manuetti, 1998); Ciudad Educadora (Barcelona 1990); la Ciudad como Espacio Educativo (Noguera, Álvarez y Castro, 2000), y La Ciudad Conquistada (Borja, 2004). Estos trabajos cubren una gran cantidad de tópicos que van desde construir espacios públicos que contribuyan a los encuentros de las personas y la participación ciudadana hasta la recuperación del ambiente urbano como recurso pedagógico.

En un sentido amplio puede decirse que todos estos planteamientos y trabajos de investigación proponen que la ciudad sea educadora, superando así la noción de la escuela como única institución educadora. La ciudad es vista como espacio de aprendizaje, y los padres y todo tipo de instituciones gubernamentales, la empresa privada y los medios, como agentes de formación. Esto significa que la escuela es apenas uno entre varios ambientes educativos y contextos de aprendizaje. Se espera por consiguiente que la gente haga uso de los recursos que la ciudad ofrece como sus museos, parques, bibliotecas, su estructura social y arquitectónica con el fin último de lograr una apropiación de la ciudad o adquiera una mayor identidad con ella.

Aunque desde el ámbito disciplinar de la psicología existe una extensa producción teórica sobre el tema de la identidad, son pocos los trabajos que han centrado su atención sobre los aspectos ambientales y el papel de los entornos físicos en la génesis, desarrollo o mantenimiento de la identidad urbana (Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983). Al revisar la literatura sobre el tema, hemos podido observar cómo los escenarios físicos en los que el individuo desarrolla su vida cotidiana juegan un importante papel en la configuración de su identidad a través de la estructura de la identidad de lugar (Proshansky, 1978; Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983, Páramo 2004 b), cómo determinadas áreas geográficas determinan la identidad urbana de sus habitantes (Lalli, 1988), o la importancia de los aspectos espaciales en la relación ecológica entre comunidades simbólicas (Hunter, 1987).

Si bien es cierta la idea de que los individuos, los grupos sociales o las comunidades están siempre situadas –bajo unas condiciones específicas de contexto histórico socio-cultural– y, por tanto, relacionadas con unos determinados entornos resulta obvia. Lo que no resulta tan evidente, es el papel que estos entornos juegan en la formación de las identidades de los individuos, grupos o comunidades.

Es por esto que la aproximación al estudio histórico de la ciudad y en particular de su espacio público a partir

de la identificación de sus prácticas sociales “situadas” de uso, se constituye en el aspecto central de este proyecto de investigación y se justifica en gran medida como elemento importante para propiciar o fortalecer la identidad urbana.

Sin embargo, al revisar los estudios históricos recientes sobre Bogotá hay que resaltar el que éstos han sido desarrollados principalmente por arquitectos, historiadores y literatos quienes en su mayoría se han centrado en la evolución arquitectónica de los diferentes lugares pero muy pocos sobre el espacio urbano como escenario de prácticas sociales con excepción de los trabajos de Zambrano (2000 y 2002), Mejía (2000) y Pabón (2003), los cuales si bien tocan el tema no han profundizado en la historia de los eventos acaecidos en los lugares públicos de la ciudad a lo largo de la historia.

Por otra parte, ha habido pocas investigaciones financiadas por la administración de la ciudad que adopten una postura propositiva sobre lo que debe hacerse con los espacios públicos aparte de su conservación arquitectónica para su contemplación como patrimonio cultural. Esto se puede atribuir no solo a la carencia de teoría que oriente el proceso investigativo sino también a la inhabilidad de orientar acciones de formación ciudadana a partir de los datos recolectados. No hay nada más práctico que una buena teoría dijo Kurt Lewin. Quizás sea esta la razón por la que la administración de la ciudad no haya incorporado ninguno de los hallazgos de esos estudios a las políticas educativas de la ciudad.

La recuperación de la historia psico-social relacionada con los diversos elementos del espacio público es una contribución que vale la pena considerar para hacer de la ciudad un ambiente comunicativo de aprendizaje. En un análisis de la historia de Bogotá, desde su fundación hasta el siglo XIX se han venido identificando varios acontecimientos, rutinas, prácticas sociales y sus protagonistas situados en el espacio público de la ciudad. Con este proyecto se avanza a un periodo mucho más complejo como es el caso del siglo XX por sus transformaciones y por la riqueza de la información existente, todo esto con miras a proponer a la administración de la

ciudad la recuperación de lugares públicos a partir de su resignificado y de esta manera fortalecer la identidad urbana y contribuir a la formación ciudadana a través de una pedagogía urbana. Porque la exploración de la historia del lugar en que vivimos se convierte en una exploración de nuestra identidad.

Revelar la historia y usos de los lugares públicos de la ciudad contribuye al proyecto educativo de Bogotá, en la medida en que se aumenta la conciencia histórica, la comprensión sobre la ciudad, a la vez que se consigue el respeto y reconocimiento de los diferentes protagonistas de nuestra historia cotidiana y se promueve la creación de significados compartidos en los habitantes de la ciudad. Con esta visión de la historia de lo cotidiano situada sobre el espacio público, esperamos contribuir al futuro del pasado de la ciudad en la medida en que logremos transformar el espacio público y la manera como interactuemos con sus elementos y nos enriquezca la vida en público. De esta propuesta se deriva entonces que la historia de esos lugares no debería estar descontextualizada en los museos sino en el ambiente mismo donde sucedieron los acontecimientos.

Marco teórico de referencia

El espacio público como constituyente de la ciudad y de la identidad del ciudadano

El horizonte teórico en el cual se mueve el proyecto esta basado fundamentalmente en que el humano construye el espacio público a partir de un proceso de reconocimiento que se encuentra mediado por la función que este cumple y el uso que los sujetos hacen de él, mediados por unas relaciones transactivas de mutua afectación. Es decir que el humano individualmente (Bollnow, 1969) y colectivamente (Lefevre, 1974) co-construye el espacio, y en el imprime su huella acercándolo a unas condiciones construidas culturalmente. Por tanto los usos y las funciones de los lugares cambian con el cambio de la cultura y de las prácticas sociales que le dan sentido a su uso.

Esta idea de las relaciones transactivas, a su vez se encuentra fundamentada en que el espacio es un aspecto constitutivo del ser, en este caso su identidad de lugar (Páramo 2004). El *espacio como constitutivo del ser*, ha sido visto fundamentalmente desde dos visiones, una tiene como punto de partida el individuo (espacio vivencial) y el otro la sociedad (espacio social). Estas visiones se abordan desde un enfoque integrador, a partir de una mirada desde el *espacio geográfico*, reconociendo al humano como un ser espacial y la espacialidad como una dimensión esencial del ser, así como desde las relaciones transactivas que los individuos construyen con su entorno. Es fundamentalmente en el *ámbito urbano* donde se expresan y se visualizan con mayor facilidad los procesos de construcción individual y colectiva del espacio (Sack, 1997, pp. 1).

Es en este contexto que podría pensarse el planteamiento de Cuervo y González (1997) donde la ciudad puede ser entendida como espacio vivencial, espacio social y espacio geográfico. Siguiendo a Bollnow (1969), "el hombre no se encuentra en un espacio, sino que su vida consiste originariamente en relación con el espacio y no puede ser desligada de él, ni siquiera de modo ideal". Es por esto que se plantea que "el hombre esta determinado en su vida siempre y necesariamente por su actitud frente al espacio que lo rodea", debido a que el humano es un sujeto que se relaciona con su entorno y ésta relación esta mediada por su intencionalidad, el modo como se encuentra el hombre en el espacio no esta definido por el espacio que lo cerca, sino por un *espacio intencional* referido a él como sujeto.

Este espacio intencional es construido individual y socialmente, en este último sentido, es que se entiende la producción social del espacio. El espacio como producto social, entendido desde Henri Lefebvre (1974), tiene su origen en la afirmación que el espacio es un elemento esencial de la vida social. "Cada sociedad produce un espacio, el suyo (...). El espacio social contiene, asignándoles lugares más o menos apropiados, las relaciones sociales de reproducción, a saber las relaciones biopsicológicas entre los sexos, las edades, la organiza-

ción específica de la familia, y las relaciones de producción, a saber la división espacial del trabajo y su organización, por tanto las funciones sociales jerarquizadas". Las relaciones y prácticas sociales tienen una existencia social siempre y cuando tengan una existencia espacial; ellas se proyectan en un espacio, se inscriben en él produciéndolo. El espacio no es un medio neutro en el cual las relaciones y prácticas sociales se inscriben sin interferencia alguna, y tampoco las relaciones entre la sociedad y su espacio no son simples ni transparentes.

Una ambivalencia originaria del espacio social traduce su naturaleza y complejidad. El espacio social es obra y producto. La ciudad es obra y producto, por su intencionalidad comunicativa propia del arte. La obra es única, original, ocupa espacio pero se liga a un tiempo, a una maduración. Es un espacio indefinidamente expresivo y significativo, único y unitario. Su contenido y su sentido son inagotables. Gentes y grupos bien definidos la 'compusieron'. La ciudad como espacio posee propiedades comunicativas semejantes a las de la obra de arte. Sin embargo, la ciudad posee una intencionalidad comunicativa colectiva construida, aunque involuntariamente, como el resultado del encuentro de multitud de voluntades con intencionalidades propias, convergentes-divergentes, armónicas-contradictorias (Lefebvre, 1961). *El espacio social es un producto multigeneracional*, no pertenece a un único momento del tiempo ni de la historia, en cada momento determinado es el resultado de la superposición de momentos y etapas completamente diferentes. También se entremezclan los diversos agentes, las distintas actividades, con temporalidades propias (Lefebvre, 1961). El espacio es *Producto* que se utiliza, que se consume, pero también *medio de producción*; las redes de intercambios, y los flujos de materias primas y energías modelan el espacio y son determinados por él. El espacio social no es sólo uno, sino varios al mismo tiempo; el espacio social es plural. "No hay un espacio social sino varios espacios sociales.

Para Lefebvre (1961), La producción del espacio social respondería a la interacción de tres grandes planos: la práctica espacial o las prácticas sociales especializadas,

las representaciones del espacio y los espacios de representación: La práctica espacial representa, de cierta manera, el plano de la cohesión, de la garantía de continuidad y capacidad de reproducción. Se asocia también al aspecto funcional del espacio social: "...En el análisis, la práctica espacial de una sociedad se descubre descifrando su espacio" (Lefebvre, 2001). La superposición de estos tres planos de producción del espacio social, persigue la explicación del espacio concreto, particular. Representa el reto de entenderlo en su diversidad, complejidad y especificidad.

Es en este sentido que se entiende el espacio público, como constituyente de la vida y de la sociedad urbana que lo reconoce. De la misma forma que el sujeto habita el espacio, el espacio habita al sujeto, ya lo diría Jürgen Habermas "Los ciudadanos son portadores del espacio público", y muchos grupos del colectivo constituyen en el espacio público la visibilidad de sus demandas, peticiones, requerimientos y hasta anhelos. Para Habermas, "el espacio público, toma cuerpo, forma; cuando en él se dan las movilizaciones, las protestas, a él irrumpen los géneros, pero también en él se da la violencia. El espacio público es un lugar de inclusiones, de representaciones, pero a la vez de ausencia, de omisión y, muchas veces, trágicamente, de violencia y muerte" (2000). Lo que destaca al espacio público es su dinamismo. En él se exhiben las nuevas formas de ser de la sociedad, en él se expresan en mayor medida el sistema de disposiciones, que constituyen las actitudes o inclinaciones para percibir, sentir, hacer y pensar, interiorizadas por los individuos a partir de sus condiciones de existencia. Lo cual funciona como esquemas o principios inconscientes de acción, percepción y reflexión; por tanto es allí en el espacio público, donde fundamentalmente se adquiere, permanece y se transfiere el *habitus* por los agentes y actores sociales. Esto permite la afirmación, que el espacio público es, en la medida que es escenario del "*teatro humano*", dado que se configura a partir de la aparición de fenómenos y la exclusión de manifestaciones individuales y colectivas, en la heterogeneidad y complejidad de las diversas realidades que se expresan en sus múltiples dimensiones. El espacio público, entonces, es el escenario gana-

do por un proceso histórico cultural, para que en el se represente la vida, historia y condición humana.

Para Immanuel Kant, “el espacio y el tiempo no son cosas percibidas, sino modos de percepción”; en este sentido, se podría afirmar que lo que se da en el espacio público se constituye como fenómenos, a partir de la percepción de los individuos y de la misma sociedad que los personifica, les da sentido y significado, los analiza, los critica, les da forma, vida, permanencia y fin. Es decir, que el espacio público existe en la medida en que es percibido, creado, re-construido y significado por el ciudadano, lo cual implica que su construcción, reconocimiento y permanencia requiere un acto voluntario e intencional de apropiación, lo cual convierte al ciudadano en actor del espacio público y participante de lo que en el se exprese. Esto implica, compromiso en la participación de su reconocimiento y defensa, al tiempo que es la plataforma para que los individuos se reconozcan como partícipes de la construcción de una sociedad.

De lo anterior, se recoge que el *espacio público* es el hilo y la trama que le da forma al espacio socialmente construido, es decir es lo que da sentido y significado a la construcción colectiva del *hábitat humano, la ciudad*. Es aquí en este contexto dónde las prácticas sociales pueden ser entendidas, por un lado en el hilo que entreteteje y le da sentido al espacio público y por otro en el sello que deja una huella en espacio, en el espacio público.

Pensar la ciudad desde el Espacio Público

Un proyecto sobre la historia del espacio público de Bogotá, fundamentalmente a partir de las prácticas sociales de uso, requiere un ejercicio permanente que implica pensar la ciudad, y específicamente el espacio público como objeto de estudio, susceptible de ser re-pensado, investigado y re-construido categorialmente. Gustavo Montañez G (2000), a partir de su propia reflexión, invita a meditar sobre la importancia y la imperiosa necesidad de mantener la acción consciente de pensar y re-pensar el fenómeno urbano: “¿por qué pensar la ciudad?, (...) porque fundamentalmente en tiem-

po normal, cuando no ocurren desastres catastróficos, la cotidianidad raras veces promueve una reflexión espontánea sobre el espacio urbano, ni siquiera una consideración atenta sobre el territorio comprendido en la ruta diaria que nos lleva de la residencia al lugar de actividades y viceversa. (...) Menos frecuente aparece la idea de examinar la ciudad como totalidad, a pesar que existe una necesidad de conocerla, (...) ya que en ella se expresa una condición existencial, dado que en ella vivimos, nuestra cotidianidad ocurre en la ciudad, (...) porque los factores objetivos, subjetivos e intersubjetivos, dependen del carácter y dinámica del fenómeno urbano y de la especificidad de la ciudad que habitamos, (...) porque es allí donde construimos las referencias territoriales, las señales y significaciones espaciales.

Dentro de la perspectiva de pensar el espacio urbano, la ciudad en las últimas décadas ha sido pensada como espacio educativo (Noguera C.E. Alvarez A y Castro J.O, 2000). Es así como Jaume Trilla (1997) piensa la ciudad desde tres ámbitos: uno como entorno de la educación, en donde se puede aprender la ciudad; dos, como agente o medio de educación, en donde se puede aprender de la ciudad; y tres, como contenido educativo, donde se puede aprender la ciudad. Al respecto, Alberto Saldarriaga (1997), plantea que la experiencia del espacio público desempeña un papel muy importante en la formación del futuro ciudadano como parte de la construcción y valoración del sentido de lo público. En la misma dirección, Pablo Páramo (2004) nos invita a pensar y vivir la ciudad desde una perspectiva optimista en búsqueda de la identidad de ciudad.

Para este proyecto, se concibe la perspectiva de mirar la ciudad como escenario para el aprendizaje y el interés de las últimas administraciones de la ciudad por formar al ciudadano, son el punto de partida para el desarrollo de un cuerpo teórico que contribuya a comprender las relaciones transactivas del individuo con los distintos elementos del ambiente urbano, en lo que se puede denominar “Pedagogía Urbana”. Al considerar la ciudad como un ambiente de aprendizaje y al centrarse en conceptos del desarrollo sobre cómo la gente

entiende y valora la ciudad, la pedagogía urbana puede jugar un papel en redireccionar la atención hacia los aspectos positivos de vivir en la ciudad. A este respecto, Páramo (2004) incorpora la idea que los lugares públicos de una ciudad ofrecen diferentes tipos y grados de oportunidades para que la gente forme su identidad urbana. En este contexto el concepto de "oportunidad" se toma como lo presentara Gibson (1979), lo que suministra información inmediata acerca de la función más probable del lugar. Así una "oportunidad" es una relación entre un objeto en el mundo y las intenciones, percepciones y capacidades de una persona. De esta manera, un lugar público debe suministrar la oportunidad para un intercambio significativo, y para que esto se logre, debemos establecer las conexiones entre el lugar con las conductas exploratorias que este puede sostener. Por esto se deben promover ambientes de aprendizaje que sean satisfactorios potencialmente, que suministren oportunidades para el aprendizaje y que contribuyan a desarrollar la identidad con dicho lugar.

Es pertinente puntualizar, que no basta con visitar la ciudad para aprender de ella, las ciudades no son educadoras en sentido estricto. Las formas de la ciudad moldean nuestras experiencias y el consiguiente desarrollo en la medida en que pueden usarse como un gran ensamblaje de oportunidades para el aprendizaje siempre y cuando no nos limitemos a "dejar la ciudad como está", sino que establezcamos las ocasiones para intercambios significativos con el ambiente mediante una política educativa urbana. La ciudad como los libros solo puede contribuir a formar a los individuos cuando les ayudamos a éstos a adquirir las competencias para interpretar sus símbolos y poder leerla.

Además del concepto de oportunidad Páramo (2004) retoma los conceptos de "*reglas de lugar*" e "*identidad de lugar*". El concepto de "*reglas del lugar*" se refiere a las formas y patrones de uso y apropiación de los lugares y a la medida en que esos patrones están inmersos en procesos sociales y culturales (Canter, 1991). Al estudiar las prácticas sociales de uso del espacio público, "situadas", como el aspecto central, es posible reconocer que las personas actúan en los lugares en relación

con las reglas de uso del lugar. Las reglas de los lugares públicos son guías codificadas verbalmente a manera de instrucciones, sugerencias o contingencias que median las diferentes maneras de enfrentar ciertas situaciones en el espacio público, con los distintos elementos del espacio público como señales de tránsito, andenes y calles, monumentos, así como en nuestro trato con extraños como al acercarnos a alguien para pedir información, o compartir actividades. Las reglas son también impuestas a través de la estructura del tiempo en la vida urbana y establecen patrones de conducta en el urbanita.

De esta manera, el papel de la investigación en pedagogía urbana será el de identificar los mecanismos de aprendizaje básicos y las reglas del lugar. Así mismo, la manera como éstas son creadas y mantenidas, cómo se generalizan, cómo el diseño físico contribuye al uso del lugar, cómo las reglas que regulan el comportamiento en el espacio público varían entre subgrupos y culturas y principalmente cómo se enseñan y cómo podemos valernos de la identificación de estas reglas para fortalecer la identidad urbana. Otras preguntas de investigación para una pedagogía urbana serían: ¿Qué tipo de reglas siguen las personas cuando están en el espacio público? ¿Cómo se aprenden? ¿Cómo se conducen los individuos y negocian su manera de conducirse a través del espacio público, al estar rodeados no por familiares o amigos sino por extraños? Están todos de acuerdo en la manera de actuar en un determinado lugar y ¿qué sucede cuando hay desacuerdos? ¿Si nos movemos el espacio (cultura) y en el tiempo (historia) son las reglas iguales? ¿Cómo se puede fortalecer los vínculos con la historia de la ciudad?

A partir de la respuesta a estos interrogantes y para que la ciudad se convierta en un ambiente para las transacciones significativas y formativas. El diseño de la ciudad deberá ofrecer las oportunidades para interactuar con ella, ejercer los campos temporales necesarios, crear los lugares solicitados por el público, impulsar el arte en el espacio público y demás actividades que inviten a la apropiación de los lugares públicos. Así mismo, crear los profesores del espacio público y de la apropiación

de la ciudad. Los símbolos y signos dentro del espacio público mostrarán el tipo de reglas apropiadas para el lugar e invitarán a los ciudadanos a intentar nuevas, que le den nuevos significado a los lugares. Cartillas y guías informativas mostrarán cómo explorar los distintos lugares de la ciudad: históricos, culturales, comerciales, recreativos y de interacción social.

Respecto al concepto de "*identidad de Lugar*", este es entendido como identidad con la ciudad, es decir identidad urbana. Se refiere a aquellas dimensiones del ser que definen la identidad personal en relación con el ambiente físico mediante un complejo patrón de ideas conscientes e inconscientes, creencias, preferencias, sentimientos, valores, metas, actitudes y habilidades relevantes para el ambiente. La posición de quienes promovieron este concepto (Proshansky, 1978; Proshansky, Fabian, y Kaminoff, 1983), sostiene que el sentido subjetivo del self o del ser, se define y expresa no solamente en relación con otras personas sino en relación a los distintos escenarios que definen la estructura del día a día. Para ilustrar esta afirmación basta con mirar el impacto negativo que genera en los desplazados el tener que abandonar sus lugares de residencia habitual sobre la propia identidad. O la nostalgia por nuestro lugar cuando salimos fuera por un par de semanas.

Pero la identidad de lugar es más que un sistema de recuerdos e interpretaciones personales acerca de un solo escenario físico. Los significados que la gente atribuye a esos lugares, emociones y representaciones sociales, las reglas y conductas ligadas a los lugares están en el centro de la experiencia de un lugar. Los proponentes de esta noción enfatizan igualmente que los lugares están ligados a la existencia social y cultural de un grupo, y que ésta se expresa en las actividades desarrolladas en esos lugares, en las relaciones interpersonales que allí se dan; en otras palabras, en las reglas que regulan las prácticas sociales en dichos lugares. Es por esto que reconocemos nuestra identidad urbana cuando visitamos otra ciudad en el país o en el exterior. La identidad de lugar en cierta sociedad y cultura no puede diferenciarse únicamente con respecto a los usos y experiencias de lugar sino con respecto a

las variaciones en los valores sociales, significados e ideas que fundamentan el uso de esos espacios. Así por ejemplo, los lugares públicos se pueden diferenciar a partir de las principales categorías de género, grupo social, ocupación, edad y clase social.

De otra parte, y para concluir, se puede afirmar que inmerso en nuestras transacciones con el ambiente urbano hay un proceso de aprendizaje de la cultura, a través de la apropiación explícita o implícita de reglas que influyen en nuestro comportamiento. Al colocar el énfasis en la identificación de las reglas que afectan el comportamiento del individuo será posible encontrar la forma de darle poder a los individuos para cambiar, mantener y transformar dichas reglas al igual que mejorar el diseño urbano y así mejorar la pedagogía urbana. En la medida en que sepamos más sobre la manera como las propiedades físicas del entorno influyen en el procesos de identidad urbana, más probablemente los administradores de la ciudad estarán en capacidad de entender el papel del espacio público en la educación ciudadana. En conclusión, el espacio público no podrá definirse exclusivamente desde la perspectiva arquitectónica sino tendrá que incluir es su definición la función que cumple como escenario de formación ciudadana donde los individuos aprenden reglas para relacionarse con los otros, en particular con extraños, con la mediación del ambiente físico. En relación con esto, es que se justifica indagar, visibilizar y reconocer la importancia de los usos del espacio público de Bogotá en el siglo XX, a partir de una mirada histórica desde las prácticas sociales "situadas", es decir contextualizadas a un momento histórico socio-cultural, dado que la posibilidad del reconocimiento de roles y las reglas, reconstruidas desde los personajes y acontecimientos, puede tener

Aproximación metodológica

Este trabajo es el producto de una investigación que combina dos estrategias: la documental y la historia oral. La periodización de los documentos seleccionados para estudio se estableció a partir de lo que denomina Fernand Braudel como larga duración, y que en este

caso se refiere al siglo XX. Dentro de este periodo se fragmentan los principales hitos históricos de la ciudad, en lo que podría llamarse de acuerdo con Braudel, la media y la corta duración. Para la media duración se toman como punto de partida algunos acontecimientos significativos para la historia de la ciudad y en particular del espacio público, como es el caso de la huelga del tranvía de 1910, el 9 de Abril de 1948 y en 1998 la transformación del espacio público por la administración del alcalde Enrique Peñalosa. De la corta duración se analizan los aspectos de la vida cotidiana que se constituyeron en prácticas sociales por su repetición, o que habiendo ocurrido una sola vez dejaron marcas en los sujetos de la historia.

Para facilitar al lector de la comprensión de los acontecimientos que se citan en los diferentes capítulos, de acuerdo con desde las periodizaciones anteriormente expuestas, el texto se inicia con un capítulo de contexto que tiene como objetivo ubicar la ciudad política, económica, social y culturalmente entre 1910 y 1998.

Las principales categorías de análisis de la información recolectada fueron creadas a partir de la teoría del lugar que subyace al trabajo de investigación que venimos adelantando sobre la historia social situada en el espacio público. Por ello se parte del lugar público en el que se describen eventos o rutinas sociales, se explora igualmente por acontecimientos específicos ocurridos allí, y finalmente se identifican los protagonistas de tales rutinas o acontecimientos, haciendo énfasis en lo cotidiano más que en las narraciones oficiales ya conocidas ampliamente. De esta manera pretendemos caracterizar los lugares públicos y contribuir a dotarlos de significado histórico-social y a partir de ahí, proponer elementos arquitectónicos y pedagógicos que contribuyan a la identificación, el apego y la apropiación del espacio público de la ciudad.

Fuentes de información

Con el fin de identificar los lugares públicos, sus reglas, los acontecimientos, los usos rutinarios y los roles sociales ligados a ellos, se realizó de acuerdo con las periodizaciones antes señaladas, la recolección de in-

formación. Se revisaron tanto materiales escritos (crónicas, prensa, libros de la época), como fuentes primarias orales mediante la técnica de historias oral, aplicada a mujeres y hombres que experimentaron la ciudad y su espacio público en los distintos periodos analizados.

La información se analizó con el apoyo del programa para computador ATLAS/ti, el cual facilitó la creación de los códigos que surgieron tanto de las preguntas de investigación como dentro del proceso mismo del estudio del material revisado. El programa contribuyó a la identificación eficiente de los contenidos del texto analizado a partir de los códigos creados y el cruce de información entre los códigos o categorías de análisis. Igualmente permitió la organización de la información objeto de análisis, mediante la creación de estructuras jerárquicas y diagramas que muestran las distintas relaciones entre las categorías o códigos creados por el investigador, contribuyendo así a la interpretación de los datos obtenidos.

Capítulos del estudio

Los resultados del estudio se subdividieron en varios capítulos iniciando por el contexto general, el cual, como se mencionó anteriormente, describe la realidad histórica política, económica, y cultural entre 1910 y 1998, como base para el reconocimiento de la época del estudio desarrollado, sin centrarse en un análisis de los hechos, sino mostrando al lector una visión global sobre lo que sucedió en el periodo del estudio.

Este contexto ayuda al lector a entender cómo las acciones que el bogotano realizaba en el espacio público, tenían clara relación con las tendencias foráneas, con las necesidades económicas, con las protestas políticas y con las manifestaciones realizadas.

Posteriormente, se desarrollaron los capítulos de socialización en el espacio público, religiosidad, economía y comercio, movilidad, protestas, actos cívicos, políticos y militares, crimen, y cultura lúdica y entretenimiento, que es el capítulo que aparece en este artículo de investigación.

Por último, se determinaron las conclusiones del estudio, las cuales están ligadas tanto a la pedagogía urbana como a la propuesta de un nuevo proyecto de investigación sobre equidad y convivencia en el espacio público realizado desde Septiembre de 2006 por las Universidades Piloto de Colombia, Pedagógica Nacional y Santo Tomás y la Corporación Universitaria Iberoamericana.

Dentro de las conclusiones se observa cómo el estudio evolutivo de las prácticas sociales en el espacio público permite apreciar una tendencia en el Siglo XX hacia la pérdida de la vida en público y un repliegue hacia la vida privada. Al comparar las distintas prácticas sociales del periodo colonial hasta el Siglo XIX (Páramo y Cuervo, 2006), con los hallazgos correspondientes al Siglo XX se observan varios cambios en la función del espacio público en general respecto del sostenimiento de las prácticas sociales de religiosidad, comercio, movilidad, socialización y como escenario para la protesta y la criminalidad.

Durante el Siglo XX el espacio público cambió dramáticamente su función; la calle privilegia al automóvil, se reducen las plazas, los parques y las calles como lugares de encuentro, el individuo se desterritorializa y el consumo se convierte en la única manera de estar por fuera. Es el tiempo de la posmodernidad. Innumerables lugares que fueron puntos funcionales de la centralidad de la ciudad han perdido su capacidad de aglomerar y convocar a los bogotanos. La Plaza de Bolívar es un ejemplo ilustrativo de un lugar cuya centralidad sigue siendo simbólica, aunque ha perdido su valor como escenario de la vida pública, de la discusión política, de la actividad económica.

Con la transformación del espacio público cambian igualmente los roles que asumen las personas que lo comparten, se crean nuevas reglas para los lugares nuevos. A los viejos protagonistas: vendedores de la plaza, comerciantes, mendigos, enfermos mentales, trabajadoras sexuales y policías, entre otras, se suman los voceadores de periódico, músicos, payasos, malabaristas y desplazados por la violencia. Se puede decir que el actual vendedor ambulante es un sustituto funcional

de los vendedores de la plaza, ya que mantiene el mismo diálogo con el cliente, quien igualmente regatea el precio; es quizás con los únicos extraños con los que conversamos hoy día en los espacios públicos. Si bien la mujer sigue teniendo poco protagonismo en la mayoría de las actividades públicas en el espacio público, ya no desconocida del todo aumenta su protagonismo en las procesiones, y de igual manera se fortalece su presencia tanto en el espacio lúdico, a través de otros roles como las ferias y los reinados, como en el recorrido al trabajo y de regreso al hogar. Así mismo se resalta igualmente la importancia del niño, quien en el Siglo XX se convierte en un protagonista importante, al complementar la actividad escolar como base importante de la construcción social y ciudadana, con el entretenimiento en calles, parques y plazas, sin olvidar su participación en el comercio y socialización en las calles.

Contexto 1910 a 1998

Este contexto general describe la realidad histórica a nivel político, económico, y cultural entre 1910 y 1998, como base para el reconocimiento de la época del estudio desarrollado. No se centra en un análisis de los hechos desarrollados, sino pretende mostrar una contextualización general al lector sobre lo que sucedió en el periodo del estudio.

Este contexto aporta al lector a entender como de las acciones que el bogotano realizaba en el espacio público, tenían clara relación con las tendencias foráneas, con las necesidades económicas, por las protestas políticas y por las manifestaciones realizadas en la etapa trabajada.

Inicialmente es importante ahondar en el contexto con el que inicia este estudio (1910) esta etapa de la historia de Colombia es heredera de la Regeneración conservadora y la realidad dictatorial (1904-1909) de Rafael Reyes, quien dejó las bases para que el Movimiento Republicano a nombre de Carlos E. Restrepo gobernara (1910-1914) desde la unión entre conservadores y liberales civilistas, que pronto regresaron a sus antiguos partidos.

Se rescata dentro de la mirada ideológica entre 1910 y 1920, la creación de asociaciones obrero-artesanales en 1910 como el partido «Obrero Colombiano» y en 1913 la «Unión Obrera de Colombia». “En 1916 circuló un manifiesto que invitaba a la formación del «partido obrero» y en el mismo año se fundó un semanario que llevaba ese título. En 1919, se realiza la primera conferencia nacional obrera y en el mismo año es creado, y lanza su plataforma, el «Partido Socialista», de composición heterogénea y de confusa ideología. El Partido Socialista, tras obtener halagadores resultados en ciertas capitales durante las elecciones municipales de 1921, es absorbido por el partido liberal que postula al General Benjamín Herrera como candidato presidencial” (Melo, 2001).

Desde este crecimiento ideológico, 1910 se constituye como “un hito en la historia urbana de la ciudad, pues fue cuando se aprovecharon las efemérides de la independencia para construir un discurso de modernización y cambio. Se construyó el Parque de la Independencia, como el escenario de la Exposición del Centenario; sus pabellones se levantaron utilizando hierro y cemento y se le adecuó iluminación nocturna. Se inauguraron varias avenidas, para lo cual se emplearon las alamedas y algunos tramos de caminos interurbanos que ya existían, como es el caso de la Alameda Vieja, sobre la que surge la Avenida Boyacá; del camino a occidente, la Avenida Colón; de la calle larga de las Nieves, la Avenida de la República. De hecho, hay que esperar hasta 1925 para que se construyera una avenida, con los requisitos que su nombre implica, como es la que conecta a San Victorino con la estación de la Sabana, bautizada como Avenida Colón” (Preciado Bernal, 1998).

La Bogotá de las primeras décadas era una sociedad clasista en la cual emergió la clase obrera. Según Mauricio Archila (2000) “Cuando podía, el obrero de las primeras generaciones, trabajaba en su parcela, armaba su taller, trabajaba a domicilio o simplemente montaba una tienda en su vecindario. Estas estrategias de mejoramiento personal –y al mismo tiempo de resistencia a la proletarianización–, se combinaban con las tradicionales del “rebusque”. Una de esas formas de retrasar la

proletarianización o atenuarla era la movilidad laboral ya descrita. En últimas lo que se manifiesta es también un anhelo por trabajar independientemente o de controlar su trabajo y su tiempo libre” (Archila, 2000).

Un aspecto muy importante de cómo se percibía esta nueva clase, según Archila (2000), era la misma palabra “obrero”: “Para los años 10 y 20, sin embargo, el concepto se amplió. Con la concentración de más núcleos asalariados en obras públicas y en las industrias, la aparición de descuidadas viviendas en donde vivían hacinados los trabajadores recién migrados, las elites regionales comenzaron a identificar a obrero con pobre. Pobre era aquel sin recursos económicos como aquel propenso a la miseria de todo tipo, física y espiritual. Se miraba al “obrero-pobre” con un doble sentimiento: compasión y temor. Con compasión como se mira a un inferior que hay que proteger por estar expuesto a los más horrendos peligros morales, y con temor por las potencialidades destructivas del orden vigente que la pobreza engendra” (Archila, 2000).

La consolidación de los movimientos obreros se determina como un eje esencial para comprender un fortalecimiento del espacio público, ligado no sólo a las iniciales protestas que se dieron entre el siglo XIX y principios del XX por parte de los artesanos, sino como ya desde una mirada ideológica, los obreros le dan otro sentido a la calle, al verla como parte de su lucha social y económica.

Durante este periodo se ubican las primeras formas de protesta callejera. “Las primeras formas de protesta colectiva que impactaron el origen de la clase obrera se ubican a comienzos de siglo. El pueblo bogotano participó en el boicot contra el tranvía y luego en las protestas contra la dictadura del general Reyes. En ambos eventos estuvieron al frente estudiantes y artesanos, pues aún era temprano para hablar de presencia obrera. En los años 10 creció la agitación social dirigida principalmente por los artesanos. En marzo de 1919 se organizó en Bogotá la protesta de sastres y otros gremios contra la importación de uniformes militares en el marco del centenario de la Batalla de Boyacá. En lo que

sería una constante en las administraciones conservadoras, el acto de protesta se consideró de inspiración bolchevique. Aunque el gobierno terminó cediendo, la protesta se realizó con un saludo de cuatro muertos y varios heridos, marcando el bautismo de sangre de la lucha reivindicativa" (Archila, 2000).

Igualmente en los años veinte, paralelo a las protestas obreras en contra de la revolución industrial, la ciudad en su proceso de modernización, hace caso omiso a las críticas de diversos movimientos sociales, y apoya procesos como el advenimiento del automóvil, la electricidad y el tranvía eléctrico, Bogotá entra en su primera fase de modernización. El cine, considerado sinónimo de modernidad, imprimió al ambiente de la faceta de entretenimiento favorita de las personas. Se resalta la organización de la administración pública, a través de las reparaciones de edificios nacionales.

Posteriormente entre 1920 y 1930, se inicia la ruptura de una primera etapa de formación social, "cuando el capitalismo norteamericano en expansión vino a irrigar los estrechos canales de nuestra vida económica con importantes masas de inversión. Las concesiones petroleras se vieron acompañadas por el pago de la indemnización por Panamá, diferida durante muchos lustros y ahora otorgada con la mira puesta en aquellas concesiones. Prestamistas norteamericanos abrieron créditos que parecían ilimitados a particulares pero sobre todo a los diversos niveles del gobierno: municipal, departamental y nacional. Nuevas actividades económicas, muy especialmente las de obras públicas, se sumaron a las tradicionales de la agricultura y el comercio. Para operar en las obras públicas y en las actividades urbanas estimuladas por la afluencia de capital extranjero, la fuerza de trabajo fue extraída de donde se encontraba, de la agricultura, con el atractivo de una remuneración monetaria que competía ventajosamente con la sujeción personal y la producción de subsistencia a que estaba reducido buena parte del campesinado" (Melo, 2001).

A nivel ideológico se observan movimientos como el anarquismo. "En Bogotá logró influir temporalmente a

algunos artesanos, especialmente sastres, zapateros y tipógrafos. Paralelamente se gestaron grupos con abierta influencia marxista, aunque no propiamente en el sentido teórico. En Bogotá un emigrante ruso, Savinsky, estableció una lavandería y en torno a ella reunió un grupo de intelectuales y unos pocos artesanos y albañiles. Anualmente se convocaron Congresos obreros en la capital del país, que permitieron darle dimensión nacional a los intentos regionales. Finalmente con el congreso de 1926 se estableció el PSR (Partido Socialista Revolucionario) que adhirió a la Internacional Comunista. Fieles a la tradición pluralista del naciente socialismo, el PSR fue en un principio el punto de convergencia de distintas corrientes ideológicas. En el militaron hasta sectores liberales radicales" (Archila).

Al impulso de las experiencias soviéticas de Vicente Staviky en 1924 se organiza "un círculo de estudios de marxismo que se autodenominó partido comunista. Este grupo no trascendió de la experiencia intelectual y la mayoría de sus componentes hizo luego brillante carrera dentro de las toldas del partido liberal, como fue el caso de Gabriel Turbay. Sin una ideología muy clara, pero ligado a las masas populares: campesinos, proletarios y artesanos, funcionaba en 1926 el Partido Socialista Revolucionario, afiliado a la Internacional Comunista. Aunque de nombre socialista y reivindicando la doctrina marxista, este partido mantuvo vínculos muy estrechos con los sectores radicales del liberalismo, sobre todo de aquellos que conservaban la nostalgia de las guerras civiles y preconizaba este medio, o el alzamiento, como método de reconquista del poder para su partido. El Partido Socialista Revolucionario participó activamente en los movimientos huelguísticos y campesinos que contribuyeron a quebrantar la férrea estructura de los gobiernos conservadores" (Melo, 2001).

Se observa entonces, como a nivel del espacio público, las iniciales protestas, se tornan en huelgas, que muestran los grandes conflictos ideológicos que se presentaban en Bogotá. El espacio público se convierte ya en copartícipe de grandes movilizaciones que decidían desde consignas, caminatas y miles de formas expresi-

vas, cortar el tránsito cotidiano y dar una mirada a otros bogotanos con graves condiciones de vida.

Ante los nuevos hechos, el partido conservador gobernante no tuvo otra actitud que la represión. Con una ideología autoritaria, ligado a los sectores clericales más retrógrados y vencedor por las armas en forma apabullante, a nombre del orden, la familia, la sociedad cristiana, el gobierno conservador anatematizó a sus oponentes y los reprimió por la fuerza. A las nuevas circunstancias del capitalismo y a sus secuelas de organización obrera y descomposición campesina, no supo adecuar el aparato estatal por medio de la legislación con el objeto de captar el movimiento inconforme, como se venía haciendo a través de la «legislación social», en la mayor parte del mundo capitalista. Las huelgas eran duramente reprimidas. Aterrados por el movimiento popular en el que veían siempre una conjura bolchevique, los gobiernos conservadores acudieron a la legislación represiva. En 1925, se propuso de nuevo en el parlamento la implantación de la pena de muerte. La izquierda y los sectores liberales consideraron que el proyecto apuntaba contra ellos dentro de un régimen en el que se asimilaban las acciones políticas al delito común. En 1928, el Senado aprobó un proyecto de ley, llamado «Ley heroica», por medio del cual se prohibían las organizaciones populares de oposición que la ley denominaba bolcheviques (Melo, 2001).

En diciembre del mismo año 28, el gobierno conservador, por medio del ejército, perpetró la más grande masacre de trabajadores de la historia de Colombia. La matanza tuvo lugar en la zona bananera de Santa Marta, sobre operarios que habían entrado en huelga contra el monopolio bananero de la United Fruit Company. El 8 de junio de 1929, las calles de Bogotá se ensangrentaron con la muerte de un estudiante, y el escándalo producido precipitó

la caída del régimen conservador desacreditado ya por sus matanzas, represiones e incapacidad para dar salida al descontento popular. Al desmoronamiento final del régimen, contribuyó la actitud vacilante del Arzobispo de Bogotá para escoger candidato conservador. Sucedió que con el régimen teocrático implantado desde 1886 era el Arzobispo Primado quien decía la última palabra sobre quien debía ser el candidato del partido conservador y en consecuencia, el presidente. En 1930, ante la división conservadora el arzobispo osciló, ora llamando a votar por uno de los candidatos, ora acudiendo en auxilio de otro. En sus pastorales políticas la jerarquía eclesiástica se dividió; cada Obispo insinuaba del candidato ajeno a sus preferencias el terrible pecado de connivencia con la masonería. En ese estado social que refleja muy bien la omnipotencia eclesiástica, el partido liberal unido propuso como opositor del conservatismo desunido a Enrique Olaya Herrera, Embajador en Washington y hombre de confianza de los banqueros y petroleros norteamericanos (Melo, 2001).

A nivel urbano, hasta la década del veinte la ciudad se ve inmersa en un proceso de crecimiento relativamente lento, sin que aún evidencie los síntomas de la explosión urbana. En este proceso, termina de ocupar su espacio tradicional e inicia la modernización de sus infraestructuras mediante la incorporación de los servicios públicos domiciliarios por sistemas de red y la creación del primer sistema de transporte colectivo, el tranvía. Bogotá empieza a salir del marco construido de la ciudad antigua e inicia el proceso de construcción de la segunda ciudad en las dos primeras décadas del siglo XX. No obstante este proceso adquiere importancia durante la tercera década. La nueva ciudad se ensancha y se expande a partir de la noción de barrio (Castillo, 2000).

Por el lado de la evolución histórica del comercio podemos ver como “en Bogotá, los cambios fueron muy significativos. Al igual que Colombia, pero de manera más

acelerada, la capital se vio crecer demográficamente en forma desproporcionada. Este crecimiento se debió, tanto a su propia dinámica, como a migraciones del campo y de extranjeros (europeos, sirios libaneses y judíos) Vio romper Bogotá también su aislamiento físico, que tanto había retrasado el comercio en el siglo XIX, gracias a la introducción de la aviación como medio de transporte. Todos estos cambios permitieron que el comercio capitalino tomara el rumbo del desarrollo capitalista. Es así como la modernización del sistema comercial se hizo inminente. La tendencia hacia la masificación del mercado y la búsqueda de volúmenes crecientes de ventas le ganarían la batalla a lo exclusivo y selectivo del comercio decimonónico. Dentro de esta tendencia, los sistemas de ventas se harían más eficaces, el sistema de crédito se impondría y la red de distribución buscaría maneras más eficaces de llegar al comprador" (Peralta, 1999).

En cuanto al aspecto político, el desarrollo demográfico impondría nuevas formas de organización social, tanto al comercio como a los demás ordenes de la sociedad. Las agremiaciones, los sindicatos y las asociaciones, serían en adelante los entes a partir de los cuales se representaría a los individuos frente al Estado.

De acuerdo con las ideas expuestas por Juan Carlos del Castillo Daza (2000), podemos anotar las siguientes generalidades en cuanto al desarrollo urbano de Bogotá desde 1920: La modernización de Bogotá se enfocó en un triple sentido: La modernización del medio urbano o la transformación física de la ciudad con modernos. La formación de un pensamiento moderno sobre la ciudad. La percepción de la ciudad como un factor clave en la modernización social.

La escasez de vivienda, y al mismo tiempo la necesidad de estar cerca de los sitios de trabajo, presionó la formación de cinturones de viviendas populares en lo que era la periferia de la ciudad. El sector que más preocupó a la élite fue el llamado Paseo Bolívar que como lo describe un estudio hecho en 1922 sobre habitaciones obreras, ya que predominaban las cons-

trucciones de tablas y techos de paja. Las calles estaban también descubiertas y contaban con el caño central. No había fuente pública en los primeros años de este siglo y los habitantes de este núcleo poblacional adquirían el agua, pagando a unos pocos que tenían aljibes mal contruidos o en el chorro de Padilla (Preciado Bernal, 1998).

Entre los años 20 y 30, una de las actividades comerciales de mayor influencia en la modernización de la ciudad fue la del comerciante. Sin embargo, durante este período vivió su apogeo la actividad de la usura: "A la sombra de prestigiosas actividades (comercio) se desarrolló la usura o el agiotismo. De una parte pululaban los agiotistas que casi hacían parte de las instituciones públicas. Por problemas fiscales el estado se retrasaba en el pago de los sueldos a sus empleados, los cuales debían acudir a intermediarios por préstamos con intereses descontados. También floreció durante esta década la usura a través de los montepíos o casas de compraventa" (Archila, 2000)

Para los años 20 Bogotá contaba con líneas ferroviarias. La percepción del espacio se modificó para el habitante de la ciudad que ya se veía unido a sitios relativamente lejanos. La actividad constructora, que se desarrolló a la par del crecimiento de la ciudad, concentró gran cantidad de trabajadores. La demolición de viejos edificios (el más lamentado fue el colonial convento de Santo Domingo) y la construcción de otros nuevos; la urbanización de los polos norte y sur, requirieron de innumerables albañiles. Esta expansión estimuló la formación de ciertas empresas como: la explotación de canteras, los tejares, las ladrilleras y chircales, los aserríos, carpinterías, etc. (Archila, 2000).

Al mismo tiempo la mentalidad modernizadora de algunos dirigentes impulsa la tecnificación en muchas áreas de la producción, que hacen que el espacio público se transforme permanentemente, y en su proceso de cambio desde la construcción de nuevas calles y

alcantarillado, se inicie el ingreso a otro momento en que el ciudadano en su recorrido debe sacrificar su tránsito por las transformaciones del espacio público, tratando de comprender las nuevas tendencias arquitectónicas y las nuevas necesidades que implica la modernidad.

Cuando en 1922 se funda la Dirección de Obras Públicas, se inicia la construcción de nuevas calles y del alcantarillado. Es así como durante esta década Bogotá pasa de su aspecto aldeano al de una metrópoli. Durante este período también se decide usar las aguas del río Tunjuelo para el acueducto de la ciudad; y en el servicio de energía, se busca la fusión entre la empresa de los Samper y la de la Nación. Ya para 1926 el auge del progreso material a nivel de carreteras, ferrocarriles, puertos, edificios públicos, cables aéreos y puentes eran importantes, aunque a nivel de educación, salud y cultura no hubo muchos cambios.

A nivel cultural, la ida de Luis A. Calvo a Agua de Dios en Tocaima fue un acontecimiento y muchos médicos y taumaturgos³ llegaron a Bogotá por el miedo a una epidemia de lepra y uno de los libros de la época denominado "La ciudad del dolor" de Adolfo León Gómez, pudo retomar gran parte de los padecimientos y miedos bogotanos.

Siguiendo con la vida literaria bogotana, se resalta en esta misma época el proceso que en el Gun Club de Bogotá llevaron a cabo "El Bobo Borda", el "pereque Galán", el Frailejón", "Jotavé", entre otros, en el cual con la misma base de los de la Gruta Simbólica, hicieron poemas y fiestas y juegos.

Así, entre esta denominada por algunos cachacos afrancesados "la belle époque" se iniciaba la urbe moderna y mecanizada, dejando a un lado los romanticismo,

saudades y nostalgias por las carreras contra el tiempo del trabajo.

Otros acontecimientos culturales en 1928 fueron vuelos directos como el del pequeño aeroplano Spirit of Saint Louis y la fiesta al piloto de este, llamado el "Águila Solitaria", la cual se realizó en el Jockey Club⁴. Igualmente la posibilidad de vuelos por etapas de Nueva York a Bogotá.

En el año siguiente, se observa como Bogotá siempre a la espera de nuevos sucesos científicos, chismes o eventos novedosos, tuvo como tema de largo aliento la llegada de la primera ambulancia motorizada, desterrando las sillas de mano que se usaban antes.

Ya la llegada en 1930 de Enrique Olaya Herrera, genera a nivel de la vida bogotana y por ende en la cultura avances tecnológicos que implicaron una época distinta y una nueva forma de vivir, en la cual la velocidad, la comunicación inalámbrica, los escritorios, la radio, el uso de los cosméticos y no de los complicados afeites para las mujeres, el abandono de los grandes mostachos y peinados complicados para los hombres, usando el estilo Príncipe Humberto. Sin olvidar que comienza a dejarse a un lado la Urbanidad de Carreño,

Acontecimientos culturales importantes fueron el suicidio del caricaturista Rendón en 1931, el fortalecimiento de la ciudad universitaria⁵, la mal pavimentada Calle Real en 1935 y sus consecuencias para el tránsito bogotano entre las calles 11 y 14, la determinación de Jorge Eliécer Gaitán por uniformar a los chóferes de servicio público⁶ con un levitón de botones dorados y una gorra de visera charolada, el entierro del expresidente Olaya Herrera, la tragedia de Santa Ana ocurrida en el cuarto centenario de la fundación de Bogotá, en el cual hubo un accidente aéreo en el cual un piloto perdió el control del avión, dejando más de 500 muertos y 100 heridos.

³ Uno de los más famosos fue el taumaturgo Aarón Banchetrit, quien fue considerado como uno de los charlatanes de la época.

⁴ Ese día se le conmemoró con la Cruz de Boyacá.

⁵ Esto sucedió en 1934, ya en el gobierno de López Pumarejo.

⁶ Lo cual resultó en protestas.

Posteriormente desde los años 30, se muestra cambios fuertes a nivel político, que serán la base de la violencia política de finales de 40 y de los años 50 en adelante. En primera instancia la división del partido conservador inicia la pérdida del poder de este partido en 1930, lo cual implicó de ahí en adelante la disminución de sus mayorías electorales. "El predominio de sus principios doctrinarios dependían en medida considerable del control estrechamente personal ejercido por los terratenientes sobre los campesinos, y este control se fundaba a su turno en un régimen agrario que no debía prolongarse si se aspiraba a desarrollar nuevas actividades económicas que operaran como otras tantas fuentes de acumulación de capital. Cuando, después de la gran crisis del capitalismo, los dirigentes del país pusieron los resortes del Estado al servicio de la causa de la industrialización, se hizo todavía más evidente la necesidad de modificar en un sentido liberalizador las condiciones económicas y sociales de los trabajadores. Era necesario interesar a estos en aumentar la producción comercializable, era necesario favorecer su inserción en la economía monetaria, así como garantizar su movilidad ocupacional" (Melo, 2001).

Correspondió a los liberales impulsar en sus primeros lustros el proceso de industrialización. Bajo el nombre de Revolución en Marcha adelantaron un movimiento político que tomó cuerpo en una legislación que limitaba y condicionaba los derechos de los latifundistas sobre la tierra y la población. A fin de romper las viejas formas de jerarquización social, los liberales alentaron la organización y la iniciativa política de las masas. Bajo la república liberal, la Oficina de Trabajo se convirtió en un instituto para el fomento de la sindicalización. Las reivindicaciones de los campesinos organizados en ligas -que se reducían generalmente a dos: la afirmación de la propiedad de las parcelas o del derecho de sembrar en ellas productos comercializables- fueron miradas con simpatía por los poderes públicos, que abandonaron su presteza tradicional en acudir con las armas al

llamado de los terratenientes. El pacto tácito que llegó a vincular al Estado liberal con las masas trabajadoras no duró. El temor ante la insurgencia popular y la alarma ante la tolerancia del Estado invadieron rápidamente sectores cada vez más amplios de las jerarquías sociales, que llegaron a considerar al propio Presidente López como un aventurero irresponsable. Este había cometido un grave error: sobreestimar la capacidad de su propio partido para soportar a la vez la rebeldía de las masas y el pánico naciente en los altos estratos sociales (Melo, 2001).

Fue así como el partido liberal, en el nivel de sus cuadros dirigentes, se contagió de la angustia conservadora ante los movimientos de masas incitados por la Revolución en Marcha, con lo que uno y otro partido acabaron por convertirse en voceros pasivos de los sobresaltos de las capas superiores. El liberalismo renegó de la empresa histórica en que lo embarcaba su máximo conductor, y éste, consciente de que sin el apoyo entusiasta de sus copartidarios le era imposible perseverar en su camino y garantizar ese control final sobre las masas que tanto preocupaba a todos los sectores dominantes, no tuvo otra salida que la de claudicar, renunciando a la presidencia antes de cumplir su segundo mandato (Melo, 2001).

Una Bogotá impregnada ya por la modernización, con todos los contrastes que a su alrededor se generaban, anexa a los cambios en el espacio público que implica la industrialización el comercio, el cual no sólo se torna como práctica por parte de algunos bogotanos, sino que desde la noción de gremio, comercial, implica un cambio en el espacio bogotano a nivel de organización, grupos de presión y en general tomas de lo público hacia un comercio ligado a lo privado.

Nuevas generaciones de comerciantes nacionales y extranjeros le irían dando al comercio capitalino una cara muy moderna, que lo situaría al nivel del comercio

de cualquier gran ciudad del mundo. Algunos de estos comerciantes debieron, a partir de 1930, volver sus ojos hacia el mercado doméstico, debido a la crisis internacional. Ya los comerciantes no podían importar la línea exclusiva de la casa extranjera que representaban. Debieron entonces promover la venta de artículos nacionales, compitiendo con los vecinos y hasta con las mismas fábricas. Muchos de los comerciantes se volvieron fabricantes. Se vieron obligados a sustituir el concepto de utilidad por unidad vendida, por el de utilidad en el volumen vendido. Se proyectó, entonces la cadena de almacenes, las ventas a plazos, el sistema de auto-servicio; se introdujo la sociedad anónima en el comercio y la publicidad se utilizó para inducir la expansión de las ventas” (Peralta).

Bogotá sigue concentrando las actividades urbanas vitales y los equipamientos colectivos en el casco antiguo, pero explota con las áreas de vivienda totalmente agotadas en el centro, a pesar de los intensos procesos de subdivisión y densificación. El proceso de ocupación de tierras es bastante desordenado y la presión continúa.

A finales de 1931 se adopta el Plan de fomento de Bogotá y construcción del nuevo acueducto. Su propósito es coordinar las distintas dependencias municipales en un proyecto de desarrollo que incorpora la “estructura material” y la organización administrativa y fiscal de la ciudad. “El Plan de Fomento” por primera vez incorpora simultáneamente aspectos sectoriales. Se plantean como temas del plan los siguientes: Abastecimiento de aguas Alcantarillado Planeamiento de la ciudad Pavimentación Política educativa, acción social, higiene y asistencia pública Habitaciones para obreras Organización y servicios administrativos Edificios públicos Embellecimiento urbano.

El espectáculo que más popularidad tenía en Bogotá eran los toros, se solían construir entablados en diversos sitios, que corrían el riesgo de ser desmantelados si la corrida no era agradable. Hay quienes recuerdan que

la Plaza de Bolívar fue el escenario de memorables corridas. Lentamente el circo de San Diego fue convirtiéndose en el sitio tradicional y allí se levantó la Plaza de Toros de Santamaría en 1931. En el mismo año se inició la construcción del estadio de la calle 53 cuando los deportes como el fútbol dejaron de ser exclusivos de la elite” (Archila, 2000).

Una apertura cultural y del movimiento estudiantil, cuando los estudiantes de la Universidad Nacional y del Rosario hacen exigencias de fondo en las políticas de educación superior. Los estudiantes participaban como herramienta política, cuando se daban contiendas entre los dos partidos tradicionales, es el caso de las reformas de la Renovación en Marcha, que ponen en alerta a los conservadores quienes a su vez usan a los estudiante como escudos de lucha en contra de la reforma” (Castillo, 2003).

Otro alto en el proceso de lo público y lo privado, se observa al final de los años 30 con la recesión⁷ que se da entre 1928 y 1932, la cual vuelve a cambiar las rutinas bogotanas de la modernización, convirtiéndose Bogotá en la muestra de cómo lo público se transforma al parar las construcciones planificadas y por ende múltiples procesos públicos y privados, que había generado expectativa en los bogotanos.

Posteriormente, los años 40 y 50 se caracterizan, porque “la violencia que se desempeña sobre el país es rural y urbana, es decir, que constituye una política de la derecha contra el movimiento democrático. En ella se comprometen las fracciones radicales del conservatismo y es tolerada por el gobierno, mientras que el centro del liberalismo concilia con tales sectores. Más precisamente, la política de violencia pretende aplastar las reivindicaciones del campesinado, de la pequeña burguesía urbana y del proletariado por reforma agraria y, en general, por un desarrollo económico democrático. Los liberales abren el período represivo en 1945 y esto se extiende y profundiza bajo las dos

⁷ 1930 Crisis del café que comienza en 1925.

administraciones conservadoras que le siguen" (Melo, 2001).

Asimismo, "la política de represión va desde la ilegalización de los sindicatos y persecución abierta contra el Partido Comunista, la supresión del «hábeas corpus» y el derecho a la vida, hasta la liquidación genocida de las bases electorales rurales del Partido Liberal. La represión contra los liberales no es tanto contra sus fracciones más moderadas, aunque ellas también sufrirán en la medida en que se polariza el medio político, sino contra la dirección gaitanista de un movimiento popular que frecuentemente la desborda" (Melo, 2001).

Se observa que, "la política de violencia toma cuerpo en 1946 en alejados distritos rurales que favorecen electoralmente al liberalismo o están relativamente empatados con el partido opuesto, donde bandas armadas organizadas por los conservadores o la misma policía, que recluta matones, se dan a la tarea de expropiar cédulas electorales, a exigir que los amenazados voten por los conservadores, cuando no a asesinar a los hombres y violar a las mujeres del odiado partido contrario" (Melo, 2001).

Igualmente, "la dirección del Partido Liberal pasa a manos de Gaitán con base en los resultados de las elecciones parlamentarias de 1946 y protesta en términos pacifistas contra la violencia rural que viene permitiendo el gobierno. A principios de 1948, el gaitanismo organiza en Bogotá una manifestación nocturna de más de 100.000 personas para protestar contra la política de violencia" (Melo, 2001).

En 1940 se da a nivel cultural un evento importante, el cual es el nombramiento de Jorge Eliécer Gaitán como Ministro de Educación Nacional, quien crea la Radiodifusora Nacional, la escuela Industrial de Bogotá, da un auge a los desfiles vistosos en Bogotá con bandas de guerra e inicia el despliegue de marchas y manifestaciones de la juventud. Esta misma época es testigo de la actualización de los pénsumes y otros procesos académicos que se acaban con el retiro de Jorge Eliécer Gaitán y Carlos Lleras, dando nuevamente de que ha-

blar a los bogotanos, con la crisis ministerial que se desarrolló.

Jorge Eliécer Gaitán fue el heredero del movimiento popular a cuya dirección habían renunciado los ideólogos burgueses del liberalismo. Era un orador que manejaba con virtuosismo los efectos capaces de conmover a las gentes del pueblo, un político de origen pequeño burgués cuyo enorme deseo de prestigio y de poder casaba muy naturalmente con las confusas pasiones reivindicatorias de un proletario y un subproletario urbanos en formación. Su prédica contra las oligarquías y por los intereses del pueblo, vagamente definidos, sus promesas de colocar decididamente el Estado del lado de los pobres y en oposición a los ricos, tuvieron la más tumultuosa acogida en un momento histórico en que las masas eran dejadas en la estacada por los estadistas que diez años atrás las habían convocado. Los mismos dirigentes liberales que ayer no más llenaban las plazas debieron abandonar estas al caudillo y a sus seguidores y hasta el tránsito por las calles de la capital les fue vedado por la agresividad de las hordas gaitanistas (Melo, 2001).

El pueblo confiaba en un milagro: que la presencia del caudillo al frente del timón del Estado realizaría de manera incuestionada todas las aspiraciones que por siglos habían dormitado y que sólo recientemente habían comenzado a formularse. El único obstáculo que parecía atravesarse en esta vía, eran las oligarquías tanto conservadoras como liberales que el puño levantado del caudillo y su consigna: ¡a la carga! prometían derrocar. Eran tantas las expectativas suscitadas por el caudillo y tan ardorosas las pasiones encendidas por su oratoria que, de haber ganado las elecciones de 1946 y de haber pretendido todavía satisfacerlas, la hora de la violencia habría cambiado apenas en algunos meses pero su marco político habría sido distinto (Melo, 2001).

La biografía política de Gaitán, marcada por el radicalismo populista cuando apenas buscaba audiencia, e inclinada inequívocamente a la conciliación tan pronto ganó cierta autoridad en el liberalismo, permite sin embargo suponer que su conducta en la Presidencia habría ido en el sentido de la última inclinación, reforzada además por la dificultad práctica de dar cumplimiento a unas promesas que, si conceptualmente parecían confusas, emocionalmente resultaban excesivas. El hecho fue que los dirigentes del país, los burgueses y los terratenientes, los ideólogos del conservatismo y del liberalismo no se mostraron dispuestos a permitir el libre curso de esta aventura. En lo inmediato, el liberalismo se dividió para las elecciones presidenciales de 1946, entre los seguidores del caudillo y los de un aparato oficial que acababa de renegar del reformismo lopista y que de momento no tenía nada positivo que ofrecer. Y así, la pausa que este partido había querido antes marcar con el gobierno de Eduardo Santos (1938-42), pasó en derecho a ser presidida por los conservadores, en cuyas manos se hizo escabrosa (Melo, 2001).

Para 1945 el panorama laboral había cambiado sustancialmente al encontrado en los primeros años de este siglo. Cuestiones como estabilidad en el empleo, ajuste del salario nominal, seguridad social y otras prestaciones siguieron estando al orden del día; la lógica de la negociación indudablemente se modernizó. Ya no se trataba de la humillante súplica de cada trabajador al patrón, sino de la vigencia de una contratación colectiva y una negociación igual.

Se amplían por lo anterior las huelgas en el espacio público solicitando en las calles: trato justo, respeto a las mujeres, disminución de la jornada de trabajo, rechazo a la abrupta disminución del salario de nómina, iban desapareciendo de los pliegos; en gran parte por presión obrera.

Para finales de los años 40s, la mayoría de la población de Bogotá aún se encontraba concentrada en el centro de la ciudad. El centro y sus calles eran espacios para el reconocimiento de sus habitantes, de los ciudadanos; para el reconocimiento de sí mismos y de los otros. Se inicia poco a poco la construcción de otros barrios, como el Barrio Quiroga, cuyo "costo aproximado se ha calculado en \$8.500.000 pues está seguro de que con aquella construcción habrá que resolverse el problema de vivienda en la capital" (El Siglo, SF, Enero 1948).

La situación de la ciudad para el año de 1948 se caracterizó por el incremento del potencial político de la población urbana, y la necesidad de aplacarla por parte de la clase dominante unida. De la Parte de la burguesía ya había migrado al norte, a Teusaquillo y a Chapinero, los habitantes del centro eran otros, eran las clases medias y bajas que reconociendo sus carencias y necesidades, agitadas por el populismo de una facción del partido liberal (Gaitán) fueron utilizados por éstos como fuerza de lucha contra el segundo establecimiento: el partido conservador.

Esto trajo fuertes consecuencias en la reconstrucción urbana posterior al 9 de Abril. La reconstrucción del centro, posterior a los sucesos del 48 tiene dos características principales: la construcción de grandes edificios de estética norteamericana, y la construcción de grandes avenidas. Estos dos elementos fueron resultado de un proceso de planeamiento especial como parte de una estrategia de control de la cual hizo parte «la rápidamente aceptada y fácilmente institucionalizada vigencia de la Planificación Urbana como la máxima expresión del orden que, según las clases dominantes, debían mantener y ejemplarizar los centros urbanos de nuestro país» (Iriarte, 1987).

La reconstrucción del centro coincide con las nuevas funciones asignadas a esta parte de la ciudad como la consiguiente adecuación de infraestructura. Esas calles estrechas fueron perfectas para que el 9 de Abril la fuerza pública no pudiera detener a la población. Había que

construir unas nuevas vías no sólo como demostración de poder, eliminando incluso iglesias, sino como lugar que posibilite el ejercicio mismo de poder a través de la acción de las fuerzas militares y de policía. Con la reconstrucción urbana del centro, su cambio de función y significación, como parte del control de la clase dominante hace casi la totalidad de sus antiguos habitantes lo abandonen. La inversión nula en la construcción residencial baja la renta del suelo en los sectores reconstruidos, los barrios son tomados entonces por el comercio y habitantes de escasos recursos mientras que algunas zonas quedan completamente abandonadas y son tomadas por la población marginada y la población dedicada a la actividad delictiva (Iriarte, 1987).

El 9 de abril de 1948 la guerra estalló en el centro de la ciudad donde todas las fuerzas en conflicto en la ciudad convergen para «saldar cuentas pendientes», no solo «civiles» liberales, «civiles» conservadores o la fuerza pública dividida; se enfrentaban en las calles. También se zanjaron disputas personales o gremiales: los dueños de los buses junto con los conductores y ayudantes, quemaban los tranvías; pues en franca competencia el tranvía no dejaría de ser un rival permanente del bus. Concluye esta gran batalla del 48 con la destrucción de parte del centro de la ciudad «Una investigación realizada sobre los inventarios de la junta de reconstrucción, demostró que el total de edificios incendiados ascendió a 136, de los que sólo 7 eran oficiales. Las mencionadas 136 edificaciones estaban situadas entre las calles 10 y 22 y las carreras 2a. y 13. Los incendios afectaron un poco menos de treinta manzanas (Iriarte, 1987).

El bogotazo conllevó unas políticas de reconstrucción de la edificación y del espacio público, haciendo que esta parte del centro alrededor de la zona de confrontación sufriera inevitablemente un despoblamiento progresivo, convirtiéndose luego en un sector marginal

dedicado al comercio y la administración con lo cual cambia el uso cotidiano de la calle, ayudado además por las medidas policivas configuradas para que el individuo no permaneciera «quieto» en la calle.

En el momento del Bogotazo “Colombia era gobernada por el presidente Mariano Ospina Pérez de filiación conservadora. Su mandato suponía un gobierno de unión nacional en el cual los dos partidos (el liberal y el conservador) lucharían de forma mancomunada para sacar adelante al país. Durante los hechos del 9 de abril, Ospina fue acusado de haber ordenado el asesinato de Gaitán y la oposición exigió su renuncia” (Nossa, 2006).

En el aspecto social, la Bogotá del año 48 presentaba una conformación de sus clases sociales como sigue: la población de estratos bajos, la mayoría de ellos provenientes del campo, quienes se dedicaban a la construcción, servicio doméstico u otras actividades de mano de obra no calificada; la clase media, que correspondía con las personas que tenían trabajos como empleados de oficina y en algunas ocasiones como profesionales; y una burguesía financiera que ejercía el control a las clases media y baja basados en el poder de la tenencia de las tierras y de los medios de producción. Las diferencias entre las clases sociales eran bastante prominentes (Nossa, 2006).

La violencia en el país, que se había acrecentado desde la posesión del presidente Ospina, ya era un fenómeno observado no solo en los campos del país si no en las principales ciudades. Por esto, en febrero del año 48, el movimiento gaitanista había convocado la Marcha del Silencio en la que miles de ciudadanos desfilaron de manera silente por las calles de la ciudad hasta encontrarse en la Plaza de Bolívar. Los documentos históricos afirman que esta fue una marcha sin precedentes en la historia: nunca se había visto a tantas personas caminar con sus banderas en las manos y en silencio porque esa era la orden del “jefe”. Esta marcha

tenía como propósito hacer una protesta por la violencia que se presentaba en el país. Cuando se hicieron manifestaciones con el mismo fin en otras ciudades, se presentaron enfrentamientos con la policía en los cuales ésta disparó contra la multitud. Esta misma violencia, que implicaba la muerte y el desplazamiento forzado de ciudadanos, recrudesció durante los meses posteriores en varios departamentos del país (Nossa, 2006).

En cuanto a lo económico, la ciudad se desempeñaba basada principalmente en el intercambio comercial de los productos agrícolas, algunos bienes de consumo que solo estaban al alcance de algunos sectores de la población. La mayoría de los sectores populares no tenía acceso fácil y garantizado a la alimentación y la salud. Esta imagen se repetía en las diferentes zonas del país. La esperanza del futuro económico del país estaba cifrada en el “plan Marshall” que suponía una ayuda a la frágil economía de América latina. En su discurso inaugural, el general Marshall se encargó de aclarar tales ilusiones ya que propuso que el continente americano entero debería contribuir a la reconstrucción de Europa (Nossa, 2006).

En lo político, durante el mes de febrero, se había firmado el decreto 525 en el cual se nombraba a los representantes del país ante la Novena Conferencia Panamericana de la Organización de Estados Americanos. El presidente Ospina había considerado incluir a Gaitán en la lista pero Laureno Gómez amenazó con retirarse de la comisión y no asistir a la conferencia si esto ocurría. Ante esta situación, los liberales que habían sido designados para participar en la conferencia, tomaron la decisión de no aceptar tal designación. Esta situación marcó la ruptura de la unión nacional lo cual quedó formalizado en la desautorización del partido liberal hacia sus miembros que colaboraran con el gobierno conservador de Ospina (Nossa, 2006).

Una vez se declaró la ruptura de la unión nacional, Gaitán no había vuelto a pronunciarse en la plaza pública como era su costumbre. Ninguno de los dos bandos intentaba aproximarse o dar oportunidad para el diálogo. El liberalismo se había convertido en el partido de oposición (Nossa, 2006).

En los días que precedieron al bogotazo, existía un ambiente de conmoción y excitación debido a la Novena Conferencia Panamericana de la Organización de Estados Americanos. En esta reunión se espera la firma de la Carta de Bogotá, según la cual los países americanos se organizaban como un bloque de naciones dentro del sistema mundial de las Naciones Unidas. Además, en esta reunión se debía cimentar el alineamiento político de los países americanos las Américas bajo el signo de las actividades anticomunistas del senador estadounidense J. R. McCarthy. Debido a los eventos del 9 de abril, esta conferencia se interrumpió por y los delegados de los países permanecieron a la expectativa. El 14 de abril se reiniciaron las sesiones de la Conferencia y aprobó el Acta de Bogotá al igual que un acuerdo para eliminar el comunismo de la escena política en los países firmantes (Nossa, 2006).

En el Documento el día del odio, se ve como “la policía determinó extremar su celo, porque se aproximaba la Conferencia Panamericana y era conveniente limpiar un poco de maleantes y de pobres la ciudad, para que los extranjeros no descubriesen a primera vista la abrumadora realidad que la circundaba. Como feroces jaurías los detectives recorrieron los barrios indigentes, los tugurios donde escondían su sordidez trabajadores infimamente remunerados y otras gentes de las llamadas de mal vivir. Los funcionarios gozaban de una ilimitada autonomía para juzgar la peligrosidad de los malhechores y bajo su feroz destreza caían obreros sin trabajo, rateros, mendigos, personas inermes que no habían cometido delito distinto al de nacer desheredadas, sin que nadie se preocupase por una discriminación

siquiera transitoria, porque para la clase esclarecida de la sociedad todos los que están debajo merecen una calificativo idéntico, ya que son sus víctimas y los productos de su ignominia. Y de esta suerte, comisiones de vigilancia anduvieron por los tejares de San Cristóbal" (Nossa, 2006 citando Documento El día del odio).

Igualmente, "Las calles fueron trazadas con la geometría que toleraba la arbitrariedad de la topografía, y en las más rectas y amplias empezaron a mostrar sus frentes presuntuosos las casas abigarradas, algunas de las cuales se quedaron perpetuamente inconclusas por el alto precio de los materiales. Ciertos especuladores adquirieron los lotes más invendibles para edificar series de cuartos ciegos destinados a alojar ese rebaño humano que no se inquieta por la comodidad del domicilio ni por las prescripciones de la higiene, sino que se conforma con un sitio cubierto en donde tender durante la noche los huesos fatigados, con frecuencia saturados de chicha. Pero la parte principal de la población que habita aquel barrio no está constituida por esos núcleos excesivamente miserables, extraviados en las callejuelas más escondidas, sino por obreros de ese tipo simulador y presumido que aplica toda su potencialidad humana al anhelo de incorporarse a los cuadros de la clase media. Lo mismo en la Perseverancia que en los demás barrios obreros, este elemento con su precaria estabilidad es el que confiere carácter, fisonomía y personalidad al conglomerado. El inferior es más trashumante, en tanto que aquél posee, a veces, la casa donde vive, y su condición de propietario, por reducida que sea su propiedad, lo obliga a actuar con cautela y con prudencia en la mayor parte de sus actos. Pero en su fondo palpitan el espíritu de rebeldía y el sentimiento" (Nossa, 2006)).

Autores como Calvo y Saade, comentan lo siguiente sobre el Bogotazo "Bogotá, limpia y aderezada, sería convertida durante un día, el 9 de abril, en el escenario abigarrado de la multitud, del fuego, la sangre y la bebida. Sin entrar en detalles, cabe destacar que esta jornada fue más una expresión de descontento popular desorganizado -como tenía que ser- contra los símbolos del poder conservador (la prensa, los edificios del go-

bierno y las construcciones enmohecidas de la iglesia católica), que un levantamiento premeditado para sustituir las bases del sistema político establecido. Pero también el pueblo «salió de compras» y saqueó los depósitos de artículos importados, tomando de las vitrinas, entre muchos objetos de valor, licores finos cuyo consumo estaba seriamente restringido a los salones de baile y los clubes. Si los historiadores han destacado hasta ahora el carácter fallido de la insurrección política -la pérdida de una preciosa oportunidad revolucionaria-, con menos énfasis han examinado cómo el desorden, la falta de organización de los insurrectos delatan una forma de reacción popular contra el proceso de colonización interna y la consecuente desarticulación de sus prácticas sociales" (Calvo y Saade, 1998).

La destrucción de las calles en ese 9 de Abril, se observa en el relato del Tiempo de la época, que habla sobre la Carrera Séptima: "Los incendiarios se ensañaron con la carrera séptima destruyendo gran parte de los edificios desaparecieron viejos almacenes, muchos comerciantes quedaron en la ruina pero el pequeño carbet que apareció pocos días después de la catástrofe combativo no ha muerto. En ese sitio estuvo por muchos años el almacén y peluquería de Víctor Huard los actuales ocupantes seguirán atendiendo a la clientela en un reducido de un segundo piso en espera del día en que al levantarse los enormes edificios que se proyectan, la calle recorre se esplendor. La calle real era estrecha y feos los frentes de las casas los españoles no dejaron siquiera un palacio digno de conservarse. Por eso las necesidades de la vida moderna han obligado a echar por tierra los edificios para darle anchura a la vía sin respetar ninguna construcción. Primero cayó el antiguo convento de santo domingo luego la iglesia. Los barbados que el 9 de abril incendiaron el palacio de san Carlos perdonaron la vieja casa donde estaba la tienda del español Llorente. Igual cosa debieron hacer los demoleedores. Allí podrá funcionar un museo con recuerdos de nuestros próceres. Kilómetro y medio más allá la calle se anima. Empiezan a aparecer las plazas, la vetusta iglesia, solemne y silenciosas casadas antaño señoriales mansiones de rescatados hidalgos y hoy refugio de gentes de clase media" (El Tiempo, 1948)

Es increíble decirlo, pero como lo plantea el libro *Historia de Bogotá, luego del bogotazo* "inició una nueva vida. Cambiaron radicalmente una serie de conceptos urbanísticos. Habían desaparecido bajo la ola vandálica numerosas construcciones antiguas que ocupaban con sus amplios espacios solares muy valiosos que estimularon la codicia de no pocos urbanizadores y traficantes de propiedad raíz. No hubo de pasar mucho tiempo para que el centro capitalino experimentara una modificación total. Los incendiarios del 9 de abril habían sido los parteros de una nueva era: la de la jungla de concreto; la de las ingentes moles de propiedad aérea, horizontal, sin contacto alguno con el suelo (Varios, 1989).

En el texto *La Calle de Bogotá*, se resalta como "la reconstrucción del centro posterior a los sucesos del 48 tiene dos características principales: la construcción de grandes edificios de estética norteamericana, y la construcción de grandes avenidas. Estos dos elementos fueron resultado de un proceso de planeamiento especial como parte de una estrategia de control de la cual hizo parte «la rápidamente aceptada y fácilmente institucionalizada vigencia de la Planificación Urbana como la máxima expresión del orden que, según las clases dominantes, debían mantener y ejemplarizar los centros urbanos de nuestro país» (Melo, 2001).

Posteriormente en 1949, se resaltan cambios dentro de la ciudad, como la demolición de la plaza de mercado «En realidad este sector de la Plaza de Mercado, y particularmente la plaza misma, clama por demolición definitiva. Es lamentable, que sector tan central de la ciudad, sea la mayor concentración de desaseo y falta de higiene. Allí se encuentran los más sórdidos figones, donde se refugian maleantes y sospechosos. Además la congestión de vehículos que estacionan para cargar y descargar contribuye a que sea el lugar más peligroso e incómodo para transitar. Las plazas de mercado, en el sentido como funcionan en algunas ciudades colombianas, no tienen razón de ser y no deben existir. El mercado debe encontrarse en la tienda de la esquina. Así lo ha entendido la Cooperativa de Consumo, entidad municipal, que viene funcionando y desarrollándose con evidente utilidad" (Aprile Gniset, 1999, PP 68)

Se observa un espacio público, concretamente en el centro, cambiado por la violencia, o mejor obligado a cambiar por la violencia. Esto unido a la industrialización que claramente continuó y al fortalecimiento de la vida cultural y estudiantil, como se ve en el caso de las Universidades Nacional y Javeriana, muestran un espacio público contradictorio entre el continuar con la cotidianidad, sin olvidar el terrible momento del bogotazo.

Una Bogotá caótica por sus rutinas y reestructuraciones desde la violencia, se une al caos al que lleva la modernización, con la existencia de grandes problemas de contaminación auditiva en las calles como lo señaló Le Corbusier: «El ruido de las bocinas de los automóviles en Bogotá es infernal. Si esta situación continúa se experimentarán graves trastornos mentales colectivos». De la misma forma, la accidentalidad seguiría creciendo debido a los problemas de «disciplina» peatonal y vehicular que afrontaba la ciudad: «En gran síntesis, las calles bogotanas eran ya entonces (1948) una real amenaza para los ciudadanos». Esta situación no tiene pronto remedio pues aún para los 50s: «Los semáforos eran escasos y quienes controlaban el reducido tránsito eran los agentes, que encaramados en unas altas tarimas daban la vía».

Una Bogotá, que se juega entre reconstruirse en su relación de lo público, lo privado, la violencia, la modernización y una nueva mirada arquitectónica que afirma la monumentalidad, comienza a verse exigida por el modelo original francés y la necesidad de un amplio "espacio abierto que contrarreste la armonía de las proporciones, la unidad del conjunto construido, el ritmo de sus elementos de fachada iban unidos al entorno" (Aprile, 1999), con la historia de una Bogotá que se levanta de entre las cenizas no sólo físicas sino emocionales.

Es precisamente el contexto anterior, el que da pie a un proceso desde los años 50 de la reconstrucción del país, que tristemente se levanta no desde la paz sino desde una mayor violencia. El espacio público se ve ampliado por miles de personas que por la violencia del campo llegan a un ámbito que no estaba preparado

para las migraciones y que desde los cambios políticos no generó claras propuestas para abordar soluciones rápidas.

En los cincuenta, “los lineamientos de la república democrática debían ser por completo abandonados, ya que este régimen, fundado en los perniciosos conceptos de la soberanía popular y de la mitad más uno de las voluntades, consagraba el poder del obscuro e inepto vulgo, como lo demostraban por demás los recientes desplazamientos electorales en favor del liberalismo, que parecían irreversibles. Los mejores debían gobernar, y ellos no eran otros que los que al detentar las posiciones del mando en la vida económica e institucional, integraban la cúspide de la pirámide social. En lugar del sufragio universal, el Estado debía encontrar en buena parte su base en los representantes de los gremios económicos, de corporaciones como la iglesia y de instituciones como las ligas profesionales y las universidades” (Melo, 2001).

Posteriormente “ascendió al poder Gustavo Rojas Pinilla, satisfaciendo no sólo las demandas de sus compañeros de filas, sino también las expectativas de todos los dirigentes políticos extraños al grupo de Gómez. Mientras los conservadores ospinistas entraban a formar parte del gobierno del General, los jefes liberales proclamaron a éste salvador de la patria y émulo del Libertador. Se contaba generalmente con que el gobierno de los militares habría de servir de puente para el rápido restablecimiento de la democracia y el retorno de los civiles a la dirección del Estado” (Melo, 2001).

El 10 de mayo de 1957, fecha de la caída de Rojas, tuvo su coronación la empresa política más idílica que ha conocido la nación colombiana de los tiempos modernos. Para derribar el régimen de los militares se congregaron en un solo frente los empresarios de la banca, de la industria y del comercio: los liberales de los más diversos matices; los conservadores del oro puro y de la escoria, es decir, los expulsados del poder por Rojas y los que habían entrado

con él; la iglesia, por supuesto; en fin, los comunistas y los estudiantes. Durante meses, los hijos y las mujeres de la burguesía habían practicado métodos conspirativos, mientras que los marxistas agitaban la consigna de las libertades democráticas. A la hora cero, con el estandarte de un candidato conservador, simpático a fuerza de folclórico, los empresarios pararon la economía y los estudiantes invadieron las calles. Substituido Rojas por una junta de cinco militares que debían, ellos sí, servir de puente para el retorno de los civiles al poder, se dio comienzo a un complicado tejemaneje político al cabo del cual resultó evidente, que los conservadores no estaban en condiciones de aspirar al próximo turno presidencial, sobre todo, por el resentimiento de Laureano Gómez con el sector de su partido comprometido en el golpe de Rojas (Melo, 2001).

Luego del la Junta Militar de Gobierno entre 1957 y 1958 viene el Frente Nacional “El contenido del pacto frentenacionalista se deduce en su especificidad de la evolución política a la que en cierta forma vino a dar conclusión. Hasta este momento, era opinión corriente considerar al liberalismo como el partido del pueblo y al conservatismo como el del orden, definiciones que no pueden ser tomadas a la letra pero que tampoco deben ser desestimadas. Es el hecho que a través de nuestra historia estos dos partidos representaron funciones contrarias pero también complementarias, alternándose de manera dramática y espontánea en la conducción del Estado. Este curso ciego fue el que el Frente Nacional oficializó: la complementariedad se convirtió en coalición paritaria y la sucesión de los contrarios a través de largos periodos históricos, se volvió norma de alternación presidencial” (Melo, 2001).

Otro efecto, para lo público, fue la sustitución de importaciones de bienes de consumo corriente, lo cual unido al crecimiento del empleo en la industria manufacturera y al aumento del volumen total de remuneraciones, muestran una lenta ampliación del mercado,

que implicó cambios a nivel del comercio y una gran cantidad de procesos migratorios para sobrevivir a la competencia económica de la época.

De 1950 a 1970 las ciudades absorbieron un gran flujo migratorio rural. Ahora bien, es evidente que las migraciones determinaron el crecimiento urbano y, a su vez, éste crecimiento determinó la continuidad de ese proceso migratorio. Los migrantes de este periodo no emigraban porque existiera empleo en las grandes ciudades, sino más bien por un modelo de relaciones intrafamiliares y de parentesco que estimulaba ese flujo migratorio. Ahora bien, el desarrollo económico de las cuatro grandes urbes colombianas determinó ese proceso de migración, pero es allí donde encontramos algunas claves para nuestra investigación, en el sentido de que fueron los migrantes pobres rurales, en contraste con migrantes de clases altas y muy capacitados para articularse en sectores muy elitistas de la producción, quienes configuran un panorama urbano diferente (Melo, 2001).

Estos flujos migratorios fueron altos de 1951 a 1973. Después tenderían a disminuir y estabilizar el fenómeno en el caso de Bogotá. Así, la planificación urbana continuaba mostrando una gran debilidad para manejar el problema de la población migrante, del crecimiento urbano y poblacional y, peor aún, el problema asociado a la ampliación de la frontera del perímetro urbano (Melo, 2001).

Posteriormente se reglamentaría la manifestación política. Será entonces necesaria la autorización del gobierno y sus fuerzas represivas para que una colectividad se pueda manifestar de forma espontánea, pues cuando no fueran consultadas y permitidas serían duramente reprimidas por la fuerza «pública» al servicio de la clase dominante.

De otro lado, el centro permanece casi hasta la década del 50 bajo un proceso de superpoblamiento, mientras

que su estructura física permanece intacta desde el siglo XVII lo cual tiene una gran repercusión en las carencias de espacio público en la ciudad. «Poco importaba a los moradores entonces que las calles fueran estrechas y tortuosas y que no hubiera plazas y parques; dentro de su casa tenían donde pasearse y darse baños de sol. De otro lado con el aumento de población las antiguas casas van modificándose y desapareciendo”.

Bogotá en el siglo XX explota, sobre todo desde la década del 50, siempre a través del desarrollo de la red vial y ferroviaria (esta última a principios del siglo), lo cual consolida pequeños núcleos de población preexistentes -algunos como pueblos desde la colonia-: «Al norte (Chapinero y Usaquén), al occidente (Fontibón, Engativá, y Suba) y al sur (Bosa). Para la segunda mitad del siglo, la ciudad se desarrolla a partir de una estrategia específica, se construyen zonas residenciales distantes para impulsar el crecimiento de la ciudad por parte de los agentes constructores: el Estado, y el capital privado; como lo presenta Bueno y Obregón: «No se puede negar que el juego del urbanizador convertido en proceso de expansión urbana ha adquirido una mecánica relativamente clara, consistente en saltar sobre las nuevas vías al punto más distante posible para luego arrastrar la ciudad hasta él. Sin ánimo polémico ese fue el caso de Ciudad Kennedy, el Minuto de Dios, el Garcés Navas y actualmente (1981) el proyecto del Centro Coleseguros Norte, los cuales una vez asegurados su accesibilidad y servicios actuaron como polos de desarrollo asumiendo las mismas funciones que en una época tuvieron” (Melo, 2001).

Lo anterior unido a la modernización imparable de Bogotá, una varias variables como la importancia en el espacio público del comercio, la ocupación del automóvil y desde lo anterior, la «Fiebre de las Avenidas», con la construcción de la Avenida Caracas desde la década del 40 y de la carrera 10ª en los 50, dos proyectos viales que afectaron a la ciudad y se constituyeron en los nuevos ejes de la malla urbana.

Dentro de la «fiebre de las avenidas» de los años 50s, se presenta la nueva construcción de la ciudad a través

de la vía pública, pues esta se convierte en la articuladora de la expansión urbana. Existen varios hitos en este proceso descritos por los autores de Historia de Bogotá de la siguiente forma: «Para la IX Conferencia Panamericana de 1948 se construyó la Avenida de las Américas, que conectaba al centro de la ciudad con el aeropuerto de Techo. En el año 1952 el ministro de Obras Públicas, el doctor Jorge Leiva, inició la construcción de una de las obras públicas de mayor trascendencia que ha conocido la capital: la Autopista Norte, la primera vía que realmente proyectó a Bogotá en esa dirección”.

La construcción de vivienda avanzaba. Sin embargo, para 1955 se calculaba que el déficit habitacional de Bogotá era de 50.927 unidades. En 1957, y de conformidad con el Plan Regulador, se anunciaron varias obras: la prolongación de la carrera 10a., de la calle 10 a la 6ª; la construcción de la Avenida Quito (carrera 30) con un ancho de 60 metros, desde la calle 26 hasta la 63; la ampliación y reconstrucción de la Avenida Caracas, de la calle 47 a la 68; la repavimentación de la Avenida Chile, y el diseño de la Avenida de los Cerros. En febrero de 1958 se acordó la construcción de la Avenida 26 con su sistema de puentes y viaductos. Obra de vital importancia para Bogotá la cual, sin embargo, habría podido realizarse, en opinión de algunos, sin sacrificar el bellissimo Parque de la Independencia.

En el momento de su posesión en mayo de 1957, una de las primeras providencias de la Junta Militar fue llamar nuevamente a Fernando Mazuera Villegas a la Alcaldía del Distrito Especial. Mazuera aceptó y empezó de inmediato a adelantar gestiones para obtener con la banca nacional empréstitos por un total de \$40.000.000.00 para su «plan maestro de obras públicas». Dicho programa comprendía la terminación de la Avenida Caracas hacia el sur, de la avenida 10ª, las construcciones de la carrera 3ª., la Avenida 26, de los cerros y de los Comuneros.

Sin embargo, el golpe final que determinaría hacia el futuro las posibilidades de expresión política colectiva en las calles se presentó bajo el gobierno «pacificador» de Rojas Pinilla. «Junio de 1954. Durante una pacífica

demostración estudiantil que tenía lugar en la Ciudad Universitaria para conmemorar la fecha clásica de los estudiantes, la fuerza pública hizo fuego de la manera más absurda y arbitraria, dando muerte al estudiante Uriel Gutiérrez. Al día siguiente, todos los estudiantes de Bogotá, sin exceptuar institución universitaria alguna, organizaron un desfile por la carrera Séptima... A la altura de la calle 13 con la carrera 7ª el contingente estudiantil, se vio obligado a detenerse... Un contingente del «Batallón Colombia», fuertemente armado cerraba el camino algunos de los que iban a la vanguardia se sentaron en el suelo... de súbito la tropa disparó una descarga nutrida de fusilería contra la masa inermes; contra la hueste universitaria cuyos únicos elementos de combate eran libros y estandartes. Doce estudiantes cayeron sin vida. Muchos otros, nunca se supo cuántos quedaron con heridas de diversa gravedad... Minutos más tarde, en la Avenida Jiménez abajo de la carrera 7a., cayó la víctima número 13: Otro estudiante abatido a sangre fría por la fuerza pública» (Melo, 2001).

En 1950 se encontraban fábricas de artículos de aluminio, artículos de cuero, baldosines, calzado, camisas, cemento, cervezas, cigarrillos, chocolates, instrumentos musicales, dulces, confites, fósforos, hilados y tejidos, jabones, vinos, etc. Para ver la magnitud de este crecimiento, podemos decir que había en 1951, solamente en el ramo de los textiles, en Bogotá 28 fábricas de algodón, 26 de seda, 35 fábricas de tejidos de punto y 35 de tejidos de lana, todas ellas inscritas en la Cámara de Comercio de Bogotá. Obviamente, este crecimiento se refiere a la industria primaria, y en algunos casos como el cemento y algunos productos químicos, a la industria secundaria; pero en ningún momento a industria pesada, bienes de capital, etc., sectores en los cuales la sustitución de importaciones aún no penetraba” (Melo, 2001)

Es importante tener en cuenta en este periodo, como se reseña la importancia de uno de los mejores alcaldes de Bogotá”: El 18 de agosto de 1961 se posesionaba Jorge Gaitán Cortés como alcalde mayor de la ciudad en el gobierno de Alberto Lleras Camargo. Gaitán Cortés fue uno de los mejores alcaldes que ha tenido la ciudad. Como arquitecto, llega al cargo de la ciudad rom-

piendo una tradición de burgomaestres que no tenían la formación técnica. El equipo de Gaitán Cortés lo conforman expertos que inician un nuevo modelo de gestión administrativa, lo cual redundó en un impulso al desarrollo de la ciudad. Los problemas sociales ligados al crecimiento de la ciudad no habían sido tomados en cuenta en forma real por administraciones anteriores. En ese sentido, el equipo de Gaitán Cortés inicia una serie de estudios sobre pobreza urbana que, darán una dimensión más real de problemas como vivienda, servicios públicos, asistencia social, entre otros. Es decir, conociendo en una perspectiva cuantitativa y cualitativa la realidad socioeconómica de la ciudad, sería posible planificar Bogotá. Éste es en gran parte el inicio del concepto de planificación urbana moderna de la ciudad. Su preocupación es en gran medida el conjunto de los barrios pobres de Bogotá; al respecto veamos lo que afirma en 1961:

Gaitán prediseñó un metro, el medio de transporte más deseado de Bogotá, que debía empezar en la calle 68 con avenida Caracas para continuar hasta la calle 28, donde se enrumbaría por un túnel hasta la calle 22 sur. El funcionario sentó las bases para la construcción de los anillos viales que rodean la ciudad -proyecto que ejecutaría el siguiente alcalde- e incluso llegó a prever el que ahora se llama Parque Tercer Milenio, en el centro de la ciudad, donde queda la zona de El Cartucho, obra que iniciaría cuarenta años después el alcalde Enrique Peñalosa (Nossa, 2006).

Se resalta igualmente “el decreto 185 de 1951 conocido como el Plan Piloto, orientado por el urbanista Le Corbusier, contempla, en conjunto con el Plan Regulador, que fue un plan posterior, la creación de una oficina del plan regulador, marcando el inicio de lo que sería el Departamento Administrativo de Planificación Distrital, en 1960. Concretamente, el Plan Piloto de Le Corbusier plantea que la ciudad presenta un crecimiento anárquico y disperso, como resultado de la incapacidad del Estado para controlar la tendencia de crecimiento disperso. Este plan sugiere evitar las grandes y costo-

sas redes de transporte externo y eliminar las distancias innecesarias entre los lugares de trabajo y vivienda. Es claro que la visión de Le Corbusier se encamina más a una ciudad que controlara su perímetro para mejorar los equipamientos y en general la gestión administrativa en una ciudad manejable. La zonificación de este plan contempla ocho zonas: Zona de industria pesada. Zona de industria ligera. Zona de mercado y comercio de influencia. Zona de comercio pesado. Zona de negocios y administración. Zona de habitación. Zonas verdes. Zonas de reserva para la industria y habitación.

En 1962 se iniciaron cerca de 32.000 viviendas, dentro del programa de la «Alianza para el Progreso», cifra que representa el mayor esfuerzo realizado en el país para contrarrestar eficazmente las graves consecuencias que se derivan de la escasez de vivienda en las áreas urbanas densamente pobladas. Se alcanzó, de cierta manera, el objetivo propuesto por el Plan General de Desarrollo, con alternativa media, consistente en mantener estático el déficit de vivienda urbana, e inclusive se logró disminuir, aunque en muy pocas unidades, el déficit acumulado en todos los años anteriores.

Hacia la mitad del siglo se presentan expresiones políticas cosmopolitas, que hacen referencia a la consolidación de una nueva «opinión pública» dirigida por parte de los medios de comunicación y su expectativa de información global. «Entre los años de 1958-1968 la capital de Colombia... Se fue volcando hacia el exterior, ambos sucesos (la insurrección que derrocó la dictadura de Marcos Pérez en Venezuela y la fuga del dictador cubano Fulgencio Batista) provocaron en la ciudad ruidosas manifestaciones callejeras, síntoma inequívoco de mayor interés que experimentaban las gentes de esta capital antaño indiferente y aislada por la marcha de la historia más allá de sus linderos».

La lucha de la población se fragmentará, muchas veces en detrimento de sus reivindicaciones de clase; alienada por los medios de comunicación; así las oportunidades de ejercer su derecho de expresión e información a través de la convocatoria política espontánea en el es-

pacio público serán reprimidas de forma tajante por el Estado.

Para finalizar, es conveniente anotar que en las manifestaciones políticas masivas se presenta un proceso no ajeno a la construcción física de la ciudad, aquí es donde nos vemos en la imposibilidad de fragmentar la construcción social, la construcción de espacio.

El proceso de consumo no se presenta de la misma forma en todos los sectores de la sociedad. Bogotá fragmentada casi definitivamente por clases, proyecta una marcada diferencia entre los barrios populares y los burgueses en la década del 50 y 60. Las diferencias en las expectativas de la forma de consumo en cada fragmento de ciudad, expone distintas expresiones estéticas ligadas a la composición de la vitrina. En sectores, como el comercial articulado por la carrera 15 entre las calles 72 y 127, las vitrinas presentan una composición poco «recargada de objetos» donde la exclusividad del objeto y del almacén que lo vende es la información fundamental comunicada al transeúnte.

A lo público se une también el arte, que desde la crítica al progreso y la mirada industrial, se manifiesta a través de la pintura abstracta. Dos nombres ocupan los lugares de preeminencia: Guillermo Wiedemann, quien tras una hermosa pintura figurativa consagrada al paisaje del trópico y a la raza negra, se orientó a una abstracción expresionista y experimental llena de referencias indirectas a la naturaleza de Colombia y Eduardo Ramírez Villamizar, cuya pintura abstracta geométrica, desde 1951 hasta sus primeros relieves de 1959, no sólo anticipa el rigor de su excelente evolución escultórica posterior, sino el predominio del racionalismo en las mejores pinturas abstractas de los artistas más recientes. Desde sus primeras esculturas en yeso de mediados de los cuarenta, la obra de Edgar Negret divide en dos el panorama escultórico nacional. Pero lo más importante es que, en pocos años, su trabajo no sólo puso al día la escultura colombiana, es decir, la relacionó definitivamente con los problemas propios de la escultura contemporánea, sino que sus propias construcciones en láminas de

aluminio pintado pasaron a figurar en excelentes escenarios del arte internacional” (Melo, 2001).

Igualmente desde un teatro crítico e ideológico, que plantea una mirada hacia lo público, “a fines de los años cincuenta, surgió un movimiento más amplio y ambicioso que abarca los más diversos aspectos de la producción del espectáculo teatral. Esta nueva etapa tuvo varios factores en su génesis, que le permitieron dar pasos más sólidos en la búsqueda tanto de las herramientas técnicas del trabajo del actor, como en la dirección, escenográfica y demás aspectos del lenguaje mixto y complejo del teatro” (Melo, 2001).

Dentro de la mirada estética en el espacio público, se resaltan influencias de: Wright, Aalto, Mies Van der Rohe, Kahn, etc. Quienes aportan a la arquitectura de: Guillermo Bermúdez, Fernando Martínez, Arturo Romero y Rogelio Salmona, entre otros. Una arquitectura de lo público ligada a los rascacielos y los multifamiliares comienza a aparecer al lado de estadios, aeropuertos, iglesias, clubes, residencias privadas, etc., los cuales comienzan a utilizar nuevas técnicas y materiales de construcción.

Posteriormente, ya en los 60 y 70 esta mirada de lo público se une al cambio político de un “esquema ideológico frentenacionalista, cada partido iba a servir de garante de los buenos propósitos del contrario. Con su gobierno paritario, su política coaligada y sus campañas electorales conjuntas, los conservadores iban a decir a las clases altas que los liberales ya no eran unos alborotadores, mientras que los liberales iban a tratar de convencer a las masas de que los conservadores no amenazaban sus vidas. La tarea de devolver el crédito al rival, era en verdad mucho más difícil para el liberalismo para hacer votar a los seguidores de su partido mayoritario por el candidato conservador en el turno de la presidencia. Esto explica que bajo el Frente Nacional, mientras los liberales pudieron llevar a la presidencia a sus más destacados conductores, en los dos turnos que correspondieron a los conservadores, la selección del candidato fue hecha por el otro partido con el criterio principal de encontrar la persona que le inspirara menos miedo. Así, los más caracterizados jefes del

conservatismo, Ospina Pérez y Gómez Hurtado, debieron deponer sus aspiraciones y someterse al hecho de que su partido fuera representado en la presidencia por figuras ideológicamente desdibujadas. El costo evidente que este arreglo iba a representar para los conservadores, encontraba en el lado del liberalismo una correspondencia de otro orden: los conductores de esta última colectividad, en especial Lleras Restrepo, al gobernar a nombre de los partidos y prohibirse toda definición política partidaria, así como todo intento reformista que contrariara a sus temibles socios, iban a defraudar necesariamente todas las esperanzas que sus copartidarios hubieran podido fincar en el retorno del liberalismo a la primera posición del Estado. Sobre esta frustración, así como sobre estas esperanzas a las que el Frente Nacional imponía un aplazamiento de dieciséis años, el joven Alfonso López Michelsen, con un cálculo sagaz y una tenacidad alimentada por la seguridad en su objetivo, inició su campaña para las elecciones presidenciales de 1974" (Melo, 2001).

Los gobiernos que se sucedieron en cumplimiento de la norma de alternación, el del conservador Valencia, los de Carlos Lleras y Misael Pastrana, perseguirían todos, con mayores o menores sobresaltos, una misma finalidad estratégica, que era la de mantener un orden institucional general en el que se combinaran el esquema político democrático y el esquema económico capitalista. De estos dos esquemas, el más directamente amenazado era el primero, y ello en razón de los desastrosos efectos sociales del segundo (Melo, 2001).

La mirada política y económica se centra en una concepción de lo público con un notable desarrollo industrial, que determina un crecimiento urbano que rebasa la ciudad proyectada por el plan piloto de 1951. Un modelo urbano que piensa en la gran migración rural, hace que el espacio público que a nivel de las costumbres urbanas, se ve cómo la relación entre peatones y vehículos sobrepasa la conciencia de la importancia del ciudadano.

Los procesos económicos de esta etapa histórica llevan a la consolidación del contrabando y el desempleo urbano, lo cual lleva a que la calle se llena de vendedores ambulantes y las concentraciones de estos hacia los procesos de sindicalización y protesta ciudadana.

En contraposición a esta ampliación cada vez mayor de lo público, por parte del comercio, continúan las angostas calles españolas y las pequeñas plazas y parques. Sin embargo, la avenida se constituye constituiría en el símbolo de la modernidad no sólo a través de la gran cantidad de nuevos automóviles que llegan a la ciudad, sino la avenida se torna en la acompañante de espectáculos de construcción, como en el año de 1974, cuando fue trasladada mecánicamente una construcción de 8 pisos, para ampliar la Avenida 19.

A nivel del entretenimiento, para los años 60s ya no existen fiestas que se proyecten en el espacio público como los carnavales, incluso las procesiones se reducen a tradiciones barriales en los sectores de más estabilidad y larga trayectoria como Egipto o La Perseverancia. Sin embargo para 1965 entra en el entretenimiento bogotano el «Halloween», el cual desde los recorridos infantiles o familiares logra otra forma de llenar el espacio público de alegría y colorido.

Respecto a la gente viviendo en la calle, podemos afirmar que aumenta de la misma forma en la que aumenta la población total de la ciudad, sin embargo uno de los sectores más representativos de esta población son los niños y jóvenes habitantes permanentes de la calle. Dedicados a vocear periódicos o trabajando como emboladores los «chinos» son personajes representativos de la ciudad hasta la década de los 50s, no obstante algunos obtuvieron su sustento del trabajo informal otros lo hicieron de forma delictiva «Abundaban los hoy llamados gamines -entonces «chinos de la calle»- dedicados a pequeñas raterías y hacer el aprendizaje del delito mayor». Una de las soluciones a este problema fue la creación en 1967 del «Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y de la Juventud, el cual ha contado con el apostolado permanente del Padre Javier de Nicoló».

A nivel arquitectónico, el espacio público se interesa por preservar edificios antiguos. La unión entre las remodelaciones y el cuidado de lo antiguo, muestra “una arquitectura nueva que alude a aspectos de la arquitectura del pasado, especialmente a través de abstracciones tipológicas. Sin olvidar los pretenciosos ejemplos de arquitectura posmoderna en los que se insertan lenguajes historicistas” (Melo, 2001).

A este nivel se resaltan “Guillermo Bermúdez, Fernando Martínez y Rogelio Saltona, quienes son tres figuras definitivas en la configuración de la nueva mentalidad arquitectónica establecida en Bogotá hacia 1960. En sus obras individuales y en algunas realizadas en compañía, demostraron la posibilidad de separarse de las tendencias del funcionalismo puro y proponer formas y espacios diferentes en los que la tradición artesanal de la construcción en ladrillo se prestaba perfectamente para plasmar sus intenciones estéticas. Este cambio de paradigma se puso de manifiesto en los edificios multifamiliares El Polo en Bogotá (Bermúdez y Salmona, 1959-60), la Caja de Crédito Agrario en Barranquilla y las casas en el barrio El Refugio en Bogotá (Martínez, 1961-63) y, sobre todo, en el conjunto residencial El Parque en Bogotá (Salmona, 1965-71). La obra de Arturo Robledo Ocampo se vincula a esa tendencia, pero refuerza el componente racional y técnico, sobre todo en planes y proyectos de gran escala. A Robledo se deben, entre otras obras, el Plan Maestro y la fuente ornamental del Parque Simón Bolívar en Bogotá (1979-1994)” (Saldarriaga, 2005).

Esta propuesta de lo industrial, lo económico hacia un equilibrio entre lo moderno y lo antiguo, lleva a un periodo entre los años 70 y 80, que desde el Frente Nacional muestra cambios que los bogotanos comienzan a vislumbrar desde los intereses de los dos partidos políticos. Ya posterior a los procesos desarrollados por Rojas Pinilla y las posteriores elecciones de Carlos Lleras y López Michelsen, que dieron pie al fin del frente nacional y el inicio de la mirada democrática.

Estos procesos ligados a administraciones bogotanas que se movilizan lentamente ante el progreso, la pobreza y

la corrupción, al igual que las problemáticas de los gobiernos centrales como el de Julio César Turbay Ayala en 1978, dan un fuerte impulso a una burguesía preocupada por apoyar la rehabilitación de programas sociales y económicos, que van de la mano con programas norteamericanos como la Alianza para el Progreso.

En ese orden “los esfuerzos para estimular el desarrollo socioeconómico inevitablemente implicaban una mayor expansión de la actividad del estado o más, precisamente, del Ejecutivo y de diversas dependencias administrativas semiautónomas. El uso de especialistas tecnócratas en los cargos oficiales llevó a un cierto aumento de la eficiencia gubernamental y de esta manera contribuyó a reducir un tanto el inevitable carácter engorroso de un régimen de coalición, con un requisito de búsqueda del consenso entre partidos y facciones” (Bushnell, 1996, Pag. 317).

De igual manera, se observa en este periodo la pérdida de terreno de legislativo y el aumento de los empresarios privados, como es el caso de la Federación Nacional de Cafeteros, la Asociación Nacional de Industriales y la Sociedad de Agricultores de Colombia, entre otros. Por su lado, la Asociación nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) se fortalece con el apoyo del gobierno, aumentando el número de inscritos en este periodo y por lo tanto el apoyo que el voto campesino daría a Misael Pastrana Borrero en Abril de 1970.

Pastrana, como representante del Frente Nacional, garantiza la vitalidad de los pequeños productores agrarios y la sustitución de importaciones mediante el uso de tarifas y cuotas de importación, incentivos fiscales, etc. De igual manera el apoyo del Instituto de Fomento Industrial (IFI) apoya el lanzamiento de producción de carros en Colombia, entre otros logros.

Ya en 1967 Lleras Restrepo instituye “un sistema de minidevaluaciones continuas, orientadas al mantenimiento del valor de cambio del peso, siempre de acuerdo con su valor intrínseco en los mercados mundiales. El sistema se mantuvo desde entonces hasta la virtual liberación del cambio que trajo consigo la apertura eco-

nómica de los años 90, y aunque algunas instancias el ritmo de devaluación se rezagaba levemente en relación con la diferencia entre inflación interna y niveles de precios mundiales, lo que provocaba una ligera sobrevaloración del peso, el mecanismo cambiario básico facilitaba la corrección de tales problemas" (Bushnell, 1996, Pag. 324).

A nivel social se amplía el Sistema de Cajas de Compensación Familiar creado en 1962 y se fortalece el campo de la educación, para 1975, existía un 77% de la población en la escuela. Por su lado, los grupos guerrilleros manifestaban que existía una mínima presencia social, para la muestra los grupos del ELN y las FARC son complementadas en los años 70 por el Movimiento 19 de Abril, el cual irrumpe en 1973. Lo anterior implicó el uso de la violencia ramada a nivel general.

A mediados de la década de 1970 la mayoría de los colombianos estaban expuestos a tan penetrante moldeador de opiniones y actitudes, sea porque eran propietarios de aparatos o porque aprovechaban los de sus vecinos o los de los almacenes y bares de la localidad. Nadie manejaba todavía el arte de explotar ese medio para fines políticos, pero éste ya ampliaba los horizontes de muchos y mostraba claramente las comodidades de un estilo de vida que estaban lejos de gozar. Otro número cada vez mayor de colombianos estaba experimentando en forma directa una sociedad más próspera al emigrar hacia Venezuela, cuya bonanza petrolera alcanzaba su punto máximo –justo antes del su colapso de los años 80-, e incluso hacia los Estados Unidos. Los giros que sus familiares enviaban desde los dos países mejoraban la calidad de vida de los que habían permanecido en Colombia, pero inevitablemente los llevaban a preguntarse pro qué razón su país, a pesar del progreso del que se vanagloriaban sus líderes, aparecía tan atrasado (Bushnell, 1996, p. 330).

En 1973 la ciudad abarca 13.985 hectáreas, esa cifra pasa a 22.772 en 1985 y a 30.110 hectáreas en el año 1999. La frontera urbana se va ampliando en forma acelerada. Sin embargo, la presión por suelo urbanizable es la variable fundamental para entender los procesos de expansión urbana, la subsiguiente degradación ambiental del entorno de la ciudad y la pobreza persistente urbana como consecuencia directa de esta problemática (Melo, 2001).

El crecimiento urbano acelerado en la ciudad de Bogotá trae como consecuencia una actividad constructora ilegal. Las entidades del Distrito y de la Nación, como el Fondo de Vivienda Popular y el Instituto de Crédito Territorial, no pueden abastecer la demanda creciente. A comienzos de la década de 1970 hay un déficit de 70.000 nuevas viviendas. Un 70% de vivienda se construye sin permiso del municipio.

Las urbanizaciones piratas surgen desde la década de 1950, pero en la década de 1970 toman una fuerza inusitada, entre otros factores, como resultado de la presión por suelo para vivienda, especialmente de un sector que no espera el trámite legal para acceder a la vivienda, que por medio de la autoconstrucción puede desarrollar esta necesidad básica. Así, mientras en los barrios de estratos más altos la compra de terrenos para la urbanización es sólo un negocio lucrativo que tiene una gran demanda, en contraste, en el sector sur y marginal de la ciudad los terrenos son ofertados más como resultado de la estrategia de los dueños de la tierra para cambiar ese uso rural y poder entregar vivienda en condiciones semihabitables. Lo cierto es que el Estado asume con el tiempo la legalización de estos barrios. La debilidad del Estado en este proceso será una característica en todo el siglo XX (Melo, 2001).

Así un espacio público ligado al desarrollismo, sin una clara planeación, se convierte en un ámbito que desde

las urbanizaciones piratas, la sobrevivencia, pero a la vez grandes diferencias sociales y económicas, dan pie incluso a nivel cultural a propuestas ligadas al realismo fotográfico que apareció en los primeros años de ese decenio en las obras de Darío Morales, Alfredo Guerrero, Miguel Ángel Rojas y Mariana Varela, entre otros, o en el interés por el arte conceptual que fue más propio de los últimos setenta y de los primeros ochenta. Como ejemplos del segundo caso, tenemos la profunda admiración por el arte del pasado, que ya se había visto en Botero y Luis Caballero, y que en los setenta floreció en trabajos como los de Juan Cárdenas, Gregorio Cuartas y el ya mencionado Darío Morales; la búsqueda de temas y de vivencias nacionales en producciones como las de Saturnino Ramírez, María de la Paz Jaramillo, Ever Astudillo y Oscar Muñoz entre otros. A diferencia de los varios artistas que en los sesenta hicieron arte político, en los setenta pocos artistas pueden destacarse en esta figuración, con la excepción de Diego Arango y Nirma Zárate que integraron el «Taller 4 rojo», grupo que trabajó en varios frentes: la docencia, la revista «Alternativa» -haciendo la diagramación y numerosos fotomontajes- y la publicación de serigrafías de ediciones masivas, y Gustavo Zalamea, cuya obra inicial combatió las dictaduras y criticó las instituciones. Pero si la figuración no tuvo en ese decenio muchos artistas comprometidos, sí vio aumentar el erotismo -que ya tenía antecedente de calidad en la obra de Leonel Góngora- en los trabajos de Jim Amaral, Miguel Ángel Rojas y Félix Ángel” (Melo, 2001).

Dentro de la mirada arquitectónica, se rescata “El edificio Avianca en Bogotá (1963-1970) y el edificio Coltejer en Medellín (1968-71), ambos de la firma Esguerra Sáenz Urdaneta Samper, inauguraron la tendencia de los «rascacielos» que perduró algo más de una década, fiel a los lineamientos de la arquitectura internacional. En una concepción completamente diferente, la Casa de Huéspedes Ilustres en Cartagena (Rogelio Salmona, 1978-81) es un ejemplo paradigmático de la evolución personal del arquitecto y de su propuesta espacial y constructiva. A partir de esta obra, la labor de Salmona ha seguido una línea ascendente en la que cada obra expande con-

ceptos precedentes y genera otros nuevos, encadenados en una impecable línea de edificaciones importantes, entre las que se cuentan el Museo Quimbaya en Armenia (1986-87), el Archivo General de la Nación (1990-94), el Centro Comunal Nueva Santafé (1996-97) y el edificio de postgrados de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional (1998-99) en Bogotá” (Saldarriaga, 2005)..

1980-1998

Este proceso no claro de expansión de lo público se verá explotar entre los años 1980 e incluso más allá de 1998 (fecha en la que acaba la periodización del estudio). El ingreso de los años 80 se da entre la finalización del gobierno liberal de Julio César Turbay Ayala en 1982, el gobierno conservador de Belisario Betancur entre 1982 y 1986. Este gobierno tuvo un momento trágico con la irrupción del M 19 al Palacio de Justicia en 1985. Este lapso continuó con el gobierno liberal de Virgilio Barco entre 1986 y 1990, que tuvo como punto grave el inicio de las bombas en las más importantes ciudades del país por la política de extradición a narcotraficantes. Este periodo finaliza con y los gobiernos liberales de César Gaviria (1990-1994) y Ernesto Samper (1994-1998).

Como un balance de estos y otros procesos políticos, se observa como “el mal fundamental de la sociedad colombiana, estriba en los efectos segregacionistas del capitalismo. Este régimen ha acabado por repartir en dos grandes campos a la población. El primero, el legal, está compuesto por las gentes integradas económicamente al establecimiento, que gozan de ingresos regulares y se benefician, aunque sea precariamente, de los servicios sociales más primarios, como los de vivienda, higiene y educación. El segundo se define por sus carencias de todo orden, principalmente de una ocupación y un ingreso regulares, y convierte a cerca de la mitad de la población en excedentaria en relación con la legalidad económica prevaleciente. El vasto conglomerado de los parias, que apenas podría identificarse por el sentimiento común del odio y del resentimiento, carece de figuras propias en el plano de las empresas

políticas y de la agitación ideológica. Las luchas de los obreros por el salario y la estabilidad ocupacional acentúan más bien el aislamiento de este sector de población, y otro tanto hacen los movimientos marxistas que pretenden articular directamente su política con los intereses de los trabajadores. Los marginados no tienen ideas políticas propias y tampoco son representados por nadie. Con relación a ellos, todos los demás grupos sociales están unificados por el miedo. En el terreno más inmediato, los capitalistas y los trabajadores se ven asediados por las oleadas de criminalidad que ascienden de los estratos marginales. La figuración de estos estratos en el escenario de las luchas políticas y sociales, depende de la utilización que se puede hacer de ellos para fines que les son ajenos: como escalón para demagogos y golpistas, como elemento explosivo que aumenta la capacidad de chantaje de los obreros al hacer más temibles sus protestas, en fin, y muy principalmente, como argumento del conservadurismo burgués y pequeño burgués que clama por un gobierno fuerte y disciplinador” (Melo, 2001).

Sin ideas y sin fines políticos propios, los marginados, que apenas dan por sí mismos para el motín y para el saqueo, tampoco parecen movilizables para un proyecto político que pretenda modificar el cuadro general de la sociedad y que de esta manera se proponga elevar su existencia. Convocarlos a la escena política, como una vez el liberalismo convocó a los trabajadores del campo y de las ciudades, sería un proyecto tan temerario que al lado de él la historia del aprendiz de brujo, aparecería como un juego inocente. Este gran punto muerto de la sociedad política colombiana, esta suerte de concentrado de la descomposición y la impotencia, contamina la vida entera del país y priva de verdadero sentido histórico y humano, y casi de realidad, a todo lo que se mueve en los marcos de la sociedad legal, incluidos los juegos ideológicos de la democracia, la cultura considerada en general así como los más revolucionarios pensamientos (Melo, 2001).

El comienzo de la década de los años ochenta marcó para Colombia el inicio de una fase recesiva de su economía, en el contexto de un período de declinamiento en su balance externo que coincidió con una fuerte caída en los precios internacionales del café y la más profunda contracción del comercio mundial desde la segunda posguerra. Los efectos negativos de esta coyuntura no se sintieron inicialmente sobre la economía, en parte por el sistema de regulación del mercado interno del grano y de manejo de los excedentes de la bonanza, que tradicionalmente han permitido amortiguar la consecuencia de la caída en los precios internacionales, pero también debido a la política de creciente endeudamiento que persistió durante 1978-1982, para promover la acción del gasto público, especialmente en el sector de infraestructura y estímulo de los nuevos proyectos mineros (Melo, 2001).

Entre 1980 y 1982 se produjo un deterioro de gran magnitud en el frente fiscal y de balanza de pagos como consecuencia de la concentración del gasto en el sector de infraestructura y el compromiso creciente que para las finanzas estatales representaba el pago oportuno del servicio de la deuda. En efecto, durante 1982 el déficit en cuenta corriente llegó al 10.4% del PIB y el déficit fiscal alcanzó el 7.6% del PIB (Melo, 2001).

La situación se tornó aún más difícil en el período 1982-1983 con la explosión de la crisis del sector financiero y con la quiebra de varias de las empresas más representativas del sector industrial, en momentos en que a nivel de toda América Latina estallaba la crisis de la deuda externa con sus consecuencias inmediatas sobre los programas macroeconómicos de los países de la región (Melo, 2001).

La política de apertura de la economía colombiana, en ejecución desde comienzos de 1990,

se diferencia sustancialmente de los procesos de liberación comercial que en su momento obedecieron a objetivos de corto plazo, dependiendo especialmente de la disponibilidad de divisas o de los objetivos de control inflacionario. Los lineamientos del actual programa económico se enmarcan en una visión más amplia en la cual las transformaciones de política comercial no constituyen un objetivo aislado, sino que hacen parte de un conjunto de políticas para promover el crecimiento a tasas mayores a las que ha obtenido el país en los últimos años (Melo, 2001).

Este periodo es importante a nivel de la apertura económica y los procesos a nivel de expansión de negocios de narcotráfico, sin olvidar el Colapso bonanza petrolera. A lo anterior se suma la violencia a nivel urbano, la cual se ve tanto a nivel guerrillero, manifestada en la toma del palacio de justicia en 1985, como a nivel del terrorismo del narcotráfico, el cual inicia fuertemente en 1989 como contraposición a las propuestas de extradición del gobierno.

Se observa entonces durante los años 80 una crisis política, social, ética y económica, que desde el gobierno de Turbay Ayala venía mal y que Belisario Betancur asume en 1982 desde la mirada conservadora un proceso que luego asume Virgilio Barco (1986-1990) y César Gaviria (1990-1994).

Así ni el "Si se puede" de Betancur ni la política tecnócrata unipartidista de Barco, ni la nueva constitución de 1991 lograron resarcir los procesos del pasado y el presente de la violencia y la descomposición social. De hecho la apertura económica no planificada de Gaviria, generó más problemas de desempleo y por ende de inseguridad y malestar.

Por otro lado, al aumentarse las migraciones hacia Bogotá se inicia desde la preocupación por el aumento de

índice de violencia en todos los ámbitos la violentología, la cual intentaba reflexionar y dar salidas tanto a lo que implicó la droga en la bonanza de la guerra como las realidades infrahumanas de miseria.

El censo de 1985 mostraba el ritmo de urbanización, la reducción en un 2% de la tasa de crecimiento anual, los progresos en el campo educativo, el papel de la mujer, el aumento en los empleos de manufactura y los servicios pobremente remunerados, el poder de la iglesia en los imaginarios y la aproximación a costumbres foráneas. De igual manera se observa como hacia 1981 el analfabetismo en adultos era menor del 15%.

Colombia se comienza a centrar en este periodo en los mass media, la música foránea o de fusión rítmica y cultural, el reconocimiento a nivel internacional de pintores como Botero y escritores como Vallejo, Mutis y García Márquez, y de ciclistas como Lucho Herrera⁸, la decorosa participación del equipo de fútbol colombiano en el mundial de 1990 en Italia, muestran una mirada de querer el reconocimiento y de ahondar en la evasión de la realidad nacional hasta nuestro días

Otro punto a resaltar es el que "la Alcaldía Mayor de Bogotá haya constituido la «Misión Bogotá siglo XXI» con el objetivo general explícitamente formulado de «diseñar una visión prospectiva del futuro deseable para Bogotá en el horizonte de la primera década del siglo XXI y producir recomendaciones sobre las políticas y estrategias que deben adoptarse para alcanzar las metas propuestas...». Esto significa ni más ni menos que la Misión se propone presentar a la ciudad una imagen de su futuro al cual tendrá derecho de aspirar y, si esa imagen es atendida por los estamentos ciudadanos, puede incluso alcanzar un nivel apreciable de realidad. El trabajo de la Misión no es un sencillo juego de futurología. Se basa en la aplicación de métodos de prospectiva y planeación estratégica puestos en práctica en el mundo industrializado desde hace ya varios años. La direc-

⁸ Gana la vuelta a España en 1987.

ción técnica de la Misión está a cargo del economista Edgar Moncayo, quien lleva ya varios años estudiando el problema de la ciudad y quien conoce ampliamente esos métodos, los cuales aseguran en principio la claridad conceptual y la seriedad del enfoque del trabajo. Este se ha estructurado en cinco grandes fases dedicadas, en su orden, a la identificación de las variables claves que inciden en el desarrollo de la ciudad, al análisis de las grandes tendencias y diagnóstico de la situación actual, a la exploración de «futuros probables» y el diseño de «futuros deseables», a la formulación de estrategias, directrices y programas prospectivos y, finalmente, al debate público y preparación del documento final que será el resultado que la actual administración entregará a la ciudad al terminar su período” (Revista Semana, 1990).

Igualmente se anota en los años 80 el plan de parcheo de huecos en las calles más importantes de Bogotá, que se habían convertido con el tiempo en trampas peligrosas para los automóviles. Comprendieron un total de 42 kilómetros se visalaz calles y carreras beneficiadas. Incluidas en esta primera etapa de repavimentación y parcheo a la cual se incorporó todo el equipo mecanizado de la secretaria de obras las 24 horas del día son careros 68 la carrera 13 la carrera 10 la Avenida Jiménez y la carrera occidental.

Ya en el año de 1995 se ve como la revista Cromos del 27 de Febrero de 1995 comenta: “El caos de Bogotá tiene su principal ingrediente en el tránsito, al que lo caracterizan los dos extremos de la ausencia de planeación: excesos y defectos. Demasiados vehículos (más de 800.000) y muy poca malla vial útil (3000 kilómetros de 10.000); un precario número de agentes de circulación (1.400) y muchos accidentes (31.944) Son demasiados vehículos particulares (90%) y exiguo el transporte público y las zonas de parcheo”.

Para muchos, las directas las responsables de este caos son las administraciones del Distrito y en particular los secretarios de tránsito que nunca previeron lo que iba a pasar si no se planeaba el crecimiento de la ciudad, se orga-

nizaban las rutas de los buses, se hacia cumplir la ley, se fijaban topes a la importación de carros y se ponía punto final a los altos índices de corrupción de la secretaria, que anualmente le representan al Distrito perdidas superiores a los 25 mil millones de pesos (Cromos, 1995).

Pero si el Distrito es culpable en gran parte de este caos vehicular, el ciudadano juega aquí un papel no muy grato, porque, ya sea como peatón o como conductor genera congestión cruzando las vías de manera imprudente, desconociendo los paraderos, violando las normas de tránsito o sobornando al agente que lo sorprendió haciendo un cruce indebido o pasándose un semáforo en naranja (Cromos, 1995).

Un espacio público que sin iniciar una mirada pedagógica ciudadana se expande indiscriminadamente, con problemáticas de corrupción y pobreza, inicia un cambio desde el arte de vanguardia, que al trabajar con instalaciones, happenings o performances en la ciudad, se muestra en propuestas que complementadas con la visibilización de Bogotá a través de propuestas como el «Festival Iberoamericano de Bogotá», en 1988 y 1990, organizado por el Teatro Nacional con la dirección de Fanny Mikey. Estos festivales han constituido un gran acontecimiento por la cantidad y calidad de grupos internacionales invitados, los cuales han permitido al público y a los hombres de teatro de Colombia, conocer algunas de las mejores muestras del arte dramático que se llevan a cabo en el presente en las más diversas latitudes” (Melo, 2001).

Esto, unido a que a nivel arquitectónico se ve la importancia de los edificios universitarios y centros recreativos, muestra la necesidad de que se asuma la importancia de la ciudad y del espacio público ya no como una opción sino como una obligación. Un crecimiento desmesurado de una ciudad no planificada, resultado de las problemáticas políticas, económicas y sociales del país el proceso siguiente en el que la pedagogía ciudadana y la recuperación de Bogotá se inician ya entrado el siglo XXI se da como un punto de inicio esen-

cial pero aún no suficiente. Procesos que nunca se han realizado, como el metro reemplazado por transmilenio que funciona más desde lo privado que lo público, muestran buenas intenciones pero falta de planeación que debe mirarse con cautela. Conocer la ciudad y sus antecedentes, ayudan a tomar una mirada diferente de lo que somos y de hacia dónde debemos ir, así de cómo leer nuestras prácticas y cómo desde la pedagogía urbana proponer acciones cotidianas para aportar conjuntamente a la ciudad.

Conclusiones

Durante el siglo XX el espacio público cambió dramáticamente su función; la calle privilegia al automóvil, se reducen las plazas, parques y calles como lugares de encuentro, el individuo se desterritorializa y el consumo se convierte en la única manera de estar por fuera. Es el tiempo de la postmodernidad. Innumerables lugares que fueron puntos funcionales de la centralidad de la ciudad han perdido su capacidad de aglomerar y convocar a los bogotanos. La Plaza de Bolívar es un ejemplo ilustrativo de un lugar cuya centralidad sigue siendo simbólica pero que ha perdido su valor como escenario de la vida pública, de la discusión política, de la actividad económica.

Se destaca como característica principal de este proceso evolutivo del espacio público la privatización. Las plazas de mercado se convierten en grandes almacenes de cadena, los lugares de socialización son ahora los cafés, las discotecas, los bares, y la actividad comercial se centraliza en el centro comercial.

Con la transformación del espacio público cambian igualmente los roles que sumen las personas que participan de los distintos lugares, se crean nuevos roles y reglas para los nuevos lugares. A los viejos protagonistas: vendedores de la plaza, comerciantes, mendigos, enfermos mentales, trabajadoras sexuales, policías; se suman los voceadores de periódico, músicos, payasos, malabaristas, y desplazados por la violencia. Se puede decir que el actual vendedor ambulante es un sustituto funcional de los vendedores de la plaza, ya que mantiene

el mismo diálogo con el cliente, quien igualmente regatea el precio; es quizás con los únicos extraños con los que conversamos hoy día en los espacios públicos. Si bien la mujer sigue teniendo poco protagonismo en el espacio público, de la mayor parte de las actividades públicas, ya no sigue siendo desconocida del todo: aumenta su protagonismo en la procesión y de igual manera se fortalece su presencia en el espacio lúdico a través de otros roles como la feria y el reinado y del recorrido al trabajo y regreso al hogar. Se resalta igualmente la importancia del niño, quien en el siglo XX se convierte en un protagonista importante al complementar la actividad escolar como base importante de la construcción social y ciudadana, con el entretenimiento en calles, parques y plazas, sin olvidar su participación en el comercio y socialización en las calles. Se valora a nivel de los hechos históricos que se contemplaron en el contexto en su relación con el espacio público, el protagonismo de los obreros en el siglo XX, quienes desde 1910 en todo el proceso de reconocimiento político harán parte de protestas y marchas que se repetirán en todo el periodo del estudio.

A partir de los años 20 la modernización cambia las nociones de la industrialización, la higiene, los servicios públicos, la manera de recorrer la ciudad, los ritmos cotidianos, y se observa en las calles bogotanas un aumento de los obreros, los campesinos que llegan a la ciudad y los trabajadores y por ende hay un aumento de la de miseria y la inseguridad.

Se pudo observar a través del estudio que la modernización en Bogotá se enfocó en tres ejes: la transformación física de la ciudad, la formación del pensamiento moderno sobre la ciudad y la percepción de la ciudad. Aparecen nuevas celebraciones como el 1 de Mayo, se da una mayor recuperación de lugares de ocio en la ciudad y por ende de recorridos que no se tenían contemplados en el espacio público del siglo XIX como la importancia que va cobrando el consumo y el comercio en el espacio y en la vida de los bogotanos.

Ya en los años 30, es importante anotar como los cambios políticos serán la base para la violencia que llevará

a las persecuciones y matanzas de los años 40 y 50, un ejemplo de esto en el espacio público y en la ciudad es cómo los hechos del 9 de Abril rupturan al centro como el eje de la ciudad hacia una mirada foránea, iniciando la reconstrucción de una ciudad ligada más a materiales como el concreto con moles de propiedad aérea horizontal sin contacto alguno con el suelo.

De igual manera en los años cuarenta se observa un aumento en la migración de campesinos hacia Bogotá una que produce el inicio de la contaminación auditiva, la cual se refuerza por el fuerte crecimiento urbano entre los años 50, 60 y 70.

Es importante anotar que parte de esta situación se agudiza con la aparición del automóvil en los años 50, lo cual es una realidad que cambia las rutinas cotidianas del recorrido urbano y en general del uso del espacio público, que pasa de ser reducido a convertirse en un ámbito de rapidez y velocidad de los tiempos modernos. Se inicia el transporte no legalizado, grandes recorridos por caminos interminables y nuevas formas de comercio y entretenimiento.

Se anota como de 1950 a 1970 las ciudades absorbieron un gran flujo migratorio rural, lo cual lleva a ampliar la población de la ciudad y a traer nuevas costumbres y rutinas al espacio público. Estos flujos migratorios fueron altos de 1951 a 1973 y la planificación urbana continuaba mostrando una gran debilidad para manejar el problema de la población.

Ahora bien, se une a lo anterior la denominada «Fiebre de las Avenidas», en la cual la construcción de la Avenida Caracas y de la carrera 10a. afectaron a la ciudad y se constituyeron en los nuevos ejes de la malla urbana. Esto implica nuevas relaciones con el espacio la ampliación del transporte público y ampliación de la movilidad hacia el caos y la inseguridad.

Las décadas de 1960 y 1970 determinan unos procesos urbanos muy importantes, ya que el crecimiento urbano rebasa la ciudad proyectada por el plan piloto de 1951. La violencia rural impulsa un éxodo masivo que

aumenta el caos, la falta de seguridad en las calles y que inicia la necesidad de trabajar en la noción de costumbres urbanas, las cuales se ven como la disciplina de peatones y vehículos, si bien a finales de los 70 se logran algunos avances el peatón cobra menos importancia que el vehículo.

Ya los años 80 y 90, dentro de la misma línea de fortalecimiento de los procesos urbanos, inicia el proyecto de «Misión Bogotá siglo XXI» con el objetivo de «diseñar una visión prospectiva del futuro deseable para Bogotá en el horizonte de la primera década del siglo XXI y producir recomendaciones sobre las políticas y estrategias que deben adoptarse para alcanzar las metas propuestas...»

Recomendaciones

La implicación pedagógica de este proyecto, es que la relación entre lugares, eventos y actores sociales deberá mejorar la comprensión sobre el uso del espacio público en la ciudad y facilitar el diseño del espacio en términos del ofrecimiento de oportunidades de interacción con el ambiente físico, de tal manera que permitan recrear el pasado en el presente para apoyar el programa educativo dirigido a los ciudadanos. A continuación se exponen algunas recomendaciones.

La historia de la ciudad debe ser contada a estudiantes, turistas y ciudadanos del común, desde el punto de vista de sus distintos actores, y no solamente desde la experiencia de las clases dominantes. Los indígenas, los negros y, en general, el ciudadano del común, jugaron un papel importante en la historia de la ciudad. La información sobre este último tema, no solo debe estar asociada con los líderes de la independencia; placas informativas deben colocarse también sobre los lugares donde la gente común tuvo experiencias cotidianas.

La información que se recoja sobre la historia de un lugar puede exhibirse en los lugares públicos de cada localidad; mapas, fotografías históricas del lugar, vistas comparativas, carteleras colgadas de las paredes de las esquinas de las plazas, al igual que de las puertas de las

principales y más tradicionales iglesias; también se podrían publicitar los decretos de la alcaldía sobre los programas culturales en el centro de la ciudad y en las distintas localidades, y, por supuesto, un archivo de lugares dentro de la definición que hemos adoptado en esta investigación.

Así mismo, podría contribuir a la comprensión histórica de la ciudad el diseño de plegables, caminatas históricas y recorridos en coches alrededor del centro de la ciudad, no solo para turistas sino para estudiantes de colegio y la gente común que habita la ciudad, con guías o profesores bien informados. Una propuesta pedagógica, sería la realización de caminatas, que puedan hacer que el sujeto sienta la historia efectiva a la que pertenece. Sin embargo, esta estrategia educativa deberá suministrar información sobre los diferentes episodios experimentados por la gente común en el espacio público durante la colonia y la república, y no solamente centrarse en reproducir la historia oficial.

Algunos elementos removidos del espacio público vale la pena recuperarlos y regresarlos, en la medida de las posibilidades, a sus sitios originales, tal es el caso de la fuente *El Mono de la Pila* o el de la fuente de San Victorino. De no ser posible su reubicación al sitio original, será necesario diseñar el ambiente apropiado donde estos elementos puedan ofrecer oportunidades para interactuar con la historia de la ciudad y refuercen así la identidad de lugar.

Empedrar la calle real en la zona del centro no es una nueva idea, pero debe ser implementada, lo mismo que recuperar algunos de los nombres indígenas de los ríos de la ciudad. Ahora que el San Francisco ha sido destapado para crear espejos de agua, debería recuperar su nombre indígena de Vicachá.

Se reconoce que en Bogotá hacen falta monumentos y expresiones artísticas sobre el espacio público. Al respecto deberían crearse monumentos dedicados a la memoria de líderes indígenas, quienes pelearon inicialmente por la libertad. Igualmente, monumentos en memoria de la gente que ha sido excluida de nuestro

pasado: las mujeres, los trabajadores, voceadores de periódico, gamines, enfermos mentales, indigentes, o monumentos que recuerden acontecimientos históricos vivenciados en el espacio público, como la revuelta del 20 de Julio o la huelga del tranvía.

El estudio evolutivo de las prácticas sociales en el espacio público permite apreciar una tendencia en el siglo XX hacia la pérdida de la vida en público y un repliegue hacia la vida privada. Al comparar las distintas prácticas sociales del periodo colonial hasta el siglo XIX (Páramo y Cuervo, 2006) con los hallazgos correspondientes al siglo XX se observan varios cambios en la función del espacio público en general respecto del sostenimiento de las prácticas sociales de religiosidad, comercio, movilidad, socialización y como escenario para la protesta y la criminalidad.

A partir de los hallazgos de este estudio se plantea la necesidad de crear nuevos lugares públicos y símbolos, lo cual será un reto importante para los planeadores urbanos y los distintos sectores de la sociedad que quieren ser reconocidos dentro de la historia social del espacio público. La colonia nos dejó la calle y la plaza, el siglo XIX el parque y los cafés y el XX el centro comercial. Hemos recibido la herencia reciente que nos desterritorializa con la creación de no lugares o de lugares asociados para el consumo. Por ello es importante recuperar algunos espacios para la socialización que sirvan igualmente para vincularnos con la historia del lugar y de la ciudad. Para ellos será necesario dotarlos de elementos simbólicos, referidos al proceso histórico de las distintas prácticas sociales, a las luchas libradas por los distintos protagonistas, o a los hechos o elementos que recuerden la formación del barrio. Un árbol, una piedra, una casa o los distintos monumentos que se construyan pueden adquirir una connotación simbólica sobre hechos ocurridos y sus personajes. Son decantaciones de los valores culturales, concreciones de sus creencias a través de la historia, herencia de sus gentes en la lucha por la vida y la apropiación del espacio. Son por tanto factores fundamentales en la constitución de la estructura urbana y en la consolidación de los lazos sociales que contribuyen a la identidad social.

Así pues, el espacio público de la ciudad deberá estar cargado de significados que le confieren una impronta a los usos y costumbres que se desarrollaron en él, lo cual se constituye en importante soporte físico y cultural para preservar y promover una cultura de lo público.

Son varias las propuestas tanto educativas como de investigación que se derivan de este estudio: la identificación y recuperación de lugares significativos para Bogotá y otras ciudades del país a partir de su historia social; la identificación de las reglas y roles que caracterizan el comportamiento en los lugares públicos de las ciudades y el tipo de reglas que deben facilitar la relación entre extraños en las ciudades; el impacto del desarraigo en las poblaciones desplazadas sobre su identidad de lugar, etc. Particularmente nuestra propuesta se centra en dos grandes frentes de trabajo, la primera sobre pedagogía urbana en Bogotá, la cual se nutre de todos los datos obtenidos en el estudio y una segunda sobre equidad y convivencia en el espacio público de Bogotá, la cual busca aportar a la equidad y convivencia en la Bogotá del siglo XXI.

De igual manera, se propone generar desde lo privado y lo público un compromiso para dejar en ciertos lugares citados en esta investigación murales, esculturas, exposiciones, obras de teatro, mimos, entre otros que rupturando con la cotidianidad, logren hacer que los bogotanos tengan desde una reconstrucción simbólica del tiempo otra versión de la historia y sus hechos, la cual genere un reconocimiento de estos lugares. Los actores que se postulan para realizar y aprovechar este trabajo además de las instituciones distritales son los colegios y universidades, es la juventud la que no debe perder la memoria y la que debe recrearla y darle un sentido hacia el futuro. Un resultado posible pueden ser guías o videos pedagógicos que realicen los mismos muchachos como base para que la gente viva la historia y se identifique con la misma. Estas guías o videos pedagógicos mostrarían lugares, prácticas, acontecimientos y protagonistas y qué se creó en el espacio público desde estos, dando posibilidades de recorridos,

juegos y en general alternativas de ver el espacio público como un lugar de aprendizaje y convivencia ciudadana.

Referencias

- Aguilera (2000). *La radio y el entretenimiento*. Bogotá: Noguera.
- Anif (1985). *Sistematización de datos sobre los gustos de los bogotanos*. Bogotá: ANIF.
- Aprile, Gniset (1999). *Mapa histórico*. Bogotá: Fondo Cultura.
- Archila Neira, Mauricio (1993). Ni amos ni siervos. En *Controversia*, No. 156-157, Bogotá: Cinep.
- Archila, M. (2000). *Compendio de historia de Colombia*. Bogotá: Alianza
- Arias (2000). *Los parques*. Bogotá: Buitrago.
- Augé, M. (1992). *Los "no lugares". Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Bautista (1990). *Los herederos de la ciudad*. Bogotá: Matriza.
- Bollnow, O (1969). *Hombre y espacio*. Barcelona: Labor.
- Bonnes, M.; Mannetti, L.; Secchiariol, G. and Tanucci (1990). The City as a multiplace system: an analysis of people-urban environment transactions. En *Journal of Environmental Psychology*, 10, 37-65.
- Borja, J (2004). *La ciudad conquistada*. Madrid: Alianza.
- Bushnell, David (1996). *Colombia, una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Planeta.
- Cabrera (2000). *Relatos de Bogotá*. Bogotá: Norma.
- Calvo, O (1998). *El cementerio central*. Bogotá: TM Editores - Observatorio de Cultura Urbana.

- Calvo, Oscar Iván y Saade, Marta (1998). *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis*. Bogotá: Alianza.
- Canter, B. D. (1991). *Understanding, assessing and acting in place: Is an integrative framework possible? Environment cognition and action: an integrated approach*. Oxford University Press, pp. 191-207.
- Carr y Cols (1998). *Public space*. Cambridge University Press.
- Carr, S. y Lynch, K (1968). Where learning happens. *Daedalus Fall*, pp. 1277-1291.
- Carr, S.; Francis, M.; Rivlin, L. y Stone, A. (1992). *Public space*. Cambridge University Press.
- Castells, M. (1991). *The city and the grassroots*. Santa Ana: University of California Press.
- Castillo Daza, Juan Carlos (2003). *Bogotá: el tránsito a la ciudad moderna 1920-1950*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Castillo (2000). *Bogotá*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Colmenares, G. (1997). *Ensayos sobre historiografía*. Cali: TM Editores - Universidad del Valle - Banco de la República - Colciencias.
- Cortés (2004). *Bogotá*. Bogotá: Alianza.
- Donovan, M. G. (2002). Space wars in Bogotá: The recovery of public space and its impact on street vendors. En *Urban Plannig*. Boston: MIT Press.
- Gibson, J. J. (1979). *The ecological approach to visual perception*. Boston: Houghton Mifflin.
- Gustafson, P. (2001). Meanings of place: everyday experience and theoretical conceptualization. En *Journal of Environmental Psychology*, 21, pp. 5-16.
- Habermas (2000). *Sobre lo público*. México: Gamarra.
- Harvey, D. (1973). *Social justice and the city*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Hunter, A. (1987). The symbolic ecology of suburbia. En ALTMAN & WANDERSMAN (Eds.). *Human behavior and environment*. Vol. 9, "Neighborhood and community environments" (pp. 191-219). New York: Plenum Press.
- Iriarte, A. (1988). *Breve historia de Bogotá*. Bogotá: Oveja Negra.
- Iriarte, Alfonso (1987). *Breve historia de Bogotá*. Bogotá: Misión Colombia.
- Lalli (1988). *Conceptos sobre ciudad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lefebvre, Henri (2001). *The production of space*. Malden Massachusetts: Blackwell Publishers.
- Llano, M. y Campuzano, M. (1994). *La chicha, una bebida fermentada a través de la historia*. Bogotá: CEREC - Colcultura.
- López, Walter (2003). *Origen de la informalidad en Bogotá en los años 50*. Bogotá: Universidad Piloto de Colombia.
- Lorenzo, R (1998). *La città sostenibile*. Milán: Eleuthera.
- Marroquín, J. M. (1978). Investigación sobre algunas antigüedades. En *Museo de cuadros de costumbres III*. Bogotá: Garrama.
- Martínez, C. (1983). *Bogotá: Sinopsis sobre su evolución urbana*. Bogotá: Escala.
- Mejía, G. (2000). *Los años del cambio*. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Melo Moreno Vladimir (1990). *La calle: espacio geográfico y vivencia urbana en Santa Fe de Bogotá*. Bogotá: Universidad del Rosario.

- Melo, Jorge Orlando (2001). *Colombia hoy*. Bogotá: Banco de la República.
- Mendoza Varela, E. (1965). *Alabanza y crítica de la aldea*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Minkowski, E. (1993). "Le temps vécu". En *Études Phénoménologiques et Psychopathologiques*. París: PUF.
- Montañez G., Gustavo (2000). *Pensar la ciudad*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Mora y Carrillo (1987). *Costumbres bogotanas*. Bogotá: Alianza.
- Muñoz y Pachón (1996). *La infancia en la Bogotá de mediados de siglo*. Bogotá: Alianza.
- Niño, Carlos (2004). *Arquitectura y Estado*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Noguera, C.; Álvarez, A. y Castro, J. (2000). *La ciudad como espacio educativo*. Bogotá: Arango Editores.
- Nossa, J. (2006). Aportes capítulo 1948. Bogotá.
- Ortega, D. (1990). *Las cosas de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Ospina (1999). *La niñez bogotana*. Bogotá: Alianza.
- Pabón, G. (2003). "El espacio urbano en la crónica periodística y literaria". En *Pretil*, No. 3, Universidad Piloto de Colombia.
- Páramo, P. (2002). "En busca de la identidad de lugar del bogotano: interacción con el pasado de la ciudad en el espacio público". En *Territorios*, No. 8, pp. 63-84.
- Páramo, P. (2004). "Algunos conceptos para una perspectiva optimista de vivir la ciudad". En *Territorios*, No. 10-11, pp. 91-109.
- Páramo, P. (2004). "The significance of public places for the people of Bogotá, and policy implications for the city as a learning environment". Ph.D Dissertation. The Graduate School and University Center. The City University of New York.
- Páramo, P. y Cuervo, M. (2006). *Historia social situada en el espacio público de Bogotá desde su fundación hasta el siglo XIX*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Páramo, P., Arias, J. D., Melo Pradilla, H., y Pabón, P. (1999). *Apreciación del paisaje. Nuestros vínculos con la naturaleza*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Parra, L. (2006). "Los usos del espacio público en Bogotá de 1910 a 1948, una mirada histórica desde las prácticas sociales y la memoria colectiva". Bogotá. Tesis Maestría en Educación, Universidad Pedagógica Nacional.
- Periódico El Tiempo (1948). SF.
- Periódico El Siglo (1948). SF.
- Peralta de Ferreira, Victoria (1988). *Bosquejo de historia del comercio en Bogotá*. Bogotá: 450 años. FENALCO - Laúdes Editores.
- Proshansky, H. M. (1978). "The City and Self-Identity". En *Environment and Behavior*, Vol. 10, No. 2.
- Revista Semana (1990) SF.
- Riaño (1999). *Crónicas de ciudad*. Bogotá: Congregación.
- Rojas y Guerrero (1997). *Bogotá y su tradición*. Bogotá: Granada.
- Romero, J. (1999). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Salazar, R. (2003). *Del espacio público en la Caracas del siglo XVIII*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Arquitectura y Urbanismo.

- Saldarriaga, Alberto (2005). *Arquitectura colombiana en el siglo XX*. Bogotá: Edificaciones.
- Semana al día (1964)
- Serrano Camargo, Rafael (1981). *En aquella ciudad: crónica mínima de Bogotá*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Silva, Armando (1988). *Graffiti: una ciudad imaginada*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Silva, Armando. 1989. "Lecturas de imágenes: De la imagen a la imaginación social". En *Memorias del simposio identidad étnica, identidad regional, identidad nacional*, V Congreso Nacional de Antropología. Bogotá: ICFES.
- Silva, Armando (1992). *Imaginario urbano*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Tonucci, F. (1997). *La città dei bambini*. Roma: Laterza.
- Trilla, B. J. (1989). *La ciudad educadora*. Bogotá: IDEP.
- Varios (2004). *Compendio de textos sobre historia del siglo XX*. Bogotá: Buitrago.
- Varios (1989). *Historia de Bogotá*. Bogotá. Salvat-Villegas.
- Viviescas, Fernando (1989). *Urbanización y ciudad en Colombia*. Bogotá: Ediciones Foro Nacional.
- Zambrano, F. (2000). La ciudad en la historia. En *La ciudad, hábitat de diversidad y complejidad*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Zambrano, F. (2002). La construcción del espacio público en Bogotá. En *Revista de Estudios Sociales*, No. 11, Bogotá.